

LA COPA DE LA VIDA

Longfellow nos exhorta a que en medio de las amarguras y contrariedades de la vida, pidamos luz, como Ajax, el héroe griego, para arrostrar cara a cara y valientemente los golpes de la adversidad. Del mencionado guerrero se lee en la «Iliada» que habiendo envuelto cierta divinidad protectora a griegos y troyanos en una nube para favorecer la fuga de los últimos, Ajax exclamó: «Gran Dios, devuélvenos la luz y combate contra nosotros»; y a este pasaje alude Longfellow en la siguiente poesía.

LA copa de la vida está repleta,
Hasta los bordes, de licor amargo;
Y aunque mis pobres ojos doloridos
Turbios estén por el continuo llanto,
Veo bullir la blanquecina espuma,
Y oigo el himno que entona el desengaño.

Ni rojas flores, ni guirnaldas verdes
Sombra le prestan, ni esplendores mágicos,
Ni el licor embriagante de Hipocrene
Hierve en el fondo transparente y diáfano;
Solamente el follaje lujurioso
Del muérdago vulgar ciñe los lados.

Con un arte exquisito trabajada,
Se desborda el licor con vivo asalto
Cuando el dolor, como un voraz torrente,
Brotó del corazón desesperado,
Y su cáliz vacío ya no sirve
Para aliviar nuestros sedientos labios.

Y cuando en los momentos de alegría
Circula en el festín de mano en mano
Coronada de hinojo, cuyas hojas
Obscurecieran los solares rayos,
Al mezclarse al licor, le comunican
Sus acres jugos un sabor amargo.

Con sus menudas flores amarillas,
De las plantas humildes soberano,
Sobre todas descuella el verde hinojo,
Que en la remota antigüedad dotado
Estaba del poder maravilloso
De devolver la vista con su bálsamo.

Si estrujas en la copa de la vida
Las hojas que le dan sabor amargo,
Con gesto displicente y despectivo
No por eso la apartes de tus labios;
Que nueva luz y fuerza a tus dolores
Su licor ha de dar, al apurarlo.

Quien no conoce lo engañosa y falsa
Que es la espuma que brilla al apurarlo,
Cuán amargas las gotas de la pena
Al desbordarse del repleto vaso,
Ni sabe de la vida la amargura,
Ni del dolor los punzadores dardos.

Ajax pidió la luz, en duro trance,
Al luchar con valor desesperado
En medio de las sombras de la noche;

Y de densas tinieblas rodeado,
Quiso el retorno de la amada vista
Para ver, cara a cara, a su contrario.

Este ha de ser el incesante grito
Que resuene también en nuestros labios;
Hay que pedir la luz, para que fuerzas
Para sufrir y soportar tengamos
La porción de amargura que nos toca,
Que nos incumbe en el dolor humano.

¡Oh humanidad desesperada y mísera!
Vosotros, los dolientes, los esclavos,
Los que gemís, en los grilletes presos,
Del oprobio, del mal, del desamparo,
Y deseáis la muerte, a un mismo tiempo
Que la teméis: sed fuertes y arrojados.

Yo os ofrezco esta copa de miseria,
Donde vierte el hinojo el jugo amargo;
Es la batalla de la vida, breve;
El terror... y la lucha... y el descanso;
Porque viene la muerte, y en la tumba,
Vecinos unos de otros, reposamos.

EL ÁNGEL SALDANFON

¿EN el viejo Talmud de los rabinos
No visteis los portentos peregrinos
De la suprema celestial mansión?
¿No aprendisteis allí la dulce historia
De Saldanfon, el Ángel de la Gloria,
Y al par de la Oración?

A las puertas espléndidas del cielo
Él vela siempre con ansioso anhelo,
De pie, en aquella escala celestial,
Que vió de tantos ángeles poblada
Jacob, cuando después de la jornada
Durmióse en el erial.

Los ángeles del Aire y los del Fuego
Cantan un himno solo, y mueren luego
Al expirar el inefable son,
Como las cuerdas de la lira, rotas
Cuando exhalan más plácidas sus notas.
Por su misma tensión.

Mas él, tranquilo en el turbado coro,
Oye impasible el cántico sonoro,
Y atendiendo a lejano sollozar,

Entre querubs y serafines muertos,
Los que suben del mundo ayes inciertos
Recoge sin cesar.

Ayes del corazón que arde y adora,
Suspiros del espíritu que implora
Con indecible afán verdad y luz;
Quejas del alma que a su duelo cede,
Quejas del alma que llevar no puede
Su agobiadora cruz.

Y el Ángel esas quejas angustiosas
Trueca en violetas y jazmín y rosas;
Y en guirnalda tejiéndolas sin fin,
La divina Sión orna con ellas;
Y al cielo dan las florecillas bellas
Aromas del jardín.

Yo bien sé que esa bonancible historia
Es legendaria fábula ilusoria,
Que algún viejo rabino imaginó;
Mas su recuerdo sin cesar me aqueja,
Y en la anticuada y plácida conseja
Mil veces pienso yo.

Cuando, de noche, abriendo mi ven-
tana,
Contemplo la azul bóveda lejana,
Que tachonan doquier estrellas mil,
Mi mente audaz, que los espacios hiende,
Mira a Saldanfon, que las alas tiende
Por el éter sutil.

Y es la infinita sed que abrasa el
alma,
Es el inmenso afán, que nada calma,
Que corre en pos del ignorado bien;
Es la ambición humana, no vencida,
Que aun pugna por gustar la prohibida
Manzana del Edén.

LONGFELLOW.

EL VÉRTIGO

En estas hermosas décimas ha puesto Núñez de Arce una leyenda feudal de las más interesantes y dramáticas que posee la literatura castellana.

I

GUARNECIENDO de una ría
La entrada incierta y angosta,
Sobre un peñón de la costa
Que bate el mar noche y día,
Se alza gigante y sombría
Ancha torre secular
Que un rey mandó edificar
A manera de atalaya,
Para defender la playa
Contra los riesgos del mar.

II

Cuando viento borrascoso
Sus almenas no conmueve,
No turba el rumor más leve
La majestad del coloso.
Queda en profundo reposo
Largas horas sumergido,
Y sólo se escucha el ruido
Con que los aires azota
Alguna blanca gaviota
Que tiene en la peña el nido.

III

Mas, cuando en recia batalla
El mar rebramando choca
Contra la empinada roca
Que allí le sirve de valla;
Cuando en la enhiesta muralla
Ruge el huracán violento,
Entonces, firme en su asiento,
El castillo desafía
La salvaje sinfonía
De las olas y del viento.

IV

Dió magnánimo el monarca
En feudo a Juan de Tabares
Las seis villas y lugares
De aquella agreste comarca.
Cuanto con la vista abarca
Desde el alto parapeto,
A su yugo está sujeto,
Y en los reinos de Castilla
No hay señor de horca y cuchilla
Que no le tenga respeto.

V

Para acrecentar sus bríos
Contra los piratas moros,
Colmóle el rey de tesoros,
Mercedes y señoríos.
Mas cediendo a sus impíos
Pensamientos de Luzbel,
Desordenado y crüel
Roba, asuela, incendia y mata,
Y es más bárbaro pirata
Que los vencidos por él.

VI

Pasma, al mirar su serena
Faz y su blóndo cabello,
Que encubra rostro tan bello
Los instintos de una hiena.
Cuando en el monte resuena
Su bronca trompa de caza,
Con mudo terror abraza
La madre al niño inocente,
Y huye medrosa la gente
Del turbión que la amenaza.

VII

Desde su escarpada roca
Baja al indefenso llano
Con **el** acero en la mano
Y la **blasfemia** en la boca.
Excita con rabia loca
El ardor de su mesnada,
Y no cesa la algarada
Con que a los pueblos castiga,
Sino cuando se fatiga,
Más que su brazo, su espada.

VIII

De condición dura y torva
No acierta a vivir en paz,
Y como incendio voraz
Destruye cuanto le estorba.
Todo a su paso se encorva,
La súplica le exaspera,
Goza en la matanza fiera,
Y con el botín del robo
Vuelve, como hambriento lobo,
A su infame madriguera.

IX

De cuyos espesos muros,
En las noches sosegadas,
Surgen torpes carcajadas,
Maldiciones y conjuros.
Con los cantares impuros
Del señor y sus bandidos,
Salen también confundidos,
De los hondos calabozos,
Desgarradores sollozos
Y penetrantes quejidos.

X

Una noche, una de aquellas
Noches que alegran la vida,
En que el corazón olvida
Sus dudas y sus querellas,
En que lucen las estrellas
Cual lámparas de un altar,
Y en que, convidando a orar,
La luna, como hostia santa,
Lentamente se levanta
Sobre las olas del mar;

XI

Don Juan, dócil al consejo
Que en el mal le precipita,
Como el hombre que medita
Un crimen, está perplejo.
Bajo el ceñudo entrecejo
Rayos sus miradas son,
Y con sorda agitación
A largos pasos recorre

De la maldecida torre
El imponente salón.

XII

Arde el tronco de una encina
En la enorme chimenea:
El tuero chisporrotea
Y el vasto hogar ilumina.
Sobre las manos reclina
Su ancha cabeza un lebrel,
En cuya lustrosa piel
Vivos destellos derrama
La roja y trémula llama
Que oscila delante de él.

XIII

El fuego con inseguros
Rayos el hogar alumbrá;
Pero deja en la penumbra
Los más apartados muros.
Hacia los lejos oscuros
La luz sus alas despliega,
Y riñen muda refriega
En el fondo húmedo y triste,
La sombra que se resiste
Y la claridad que llega.

XIV

Hosco Don Juan y arrastrado
Por su incorregible instinto,
Cruza el gótico recinto
Convulso y acelerado.
¿Qué maldad o qué cuidado
Embarga su entendimiento?
Dijérase que el tormento
De su corazón, si fuera
El alma de aquella fiera
Capaz de remordimiento.

XV

El odio que le avasalla,
Arrebatado y sombrío,
Tiene el ímpetu del río
Pronto a quebrantar su valla.
Ni se apacigua ni estalla
La cólera que en él late,
Y con mil ansias combate
Como corcel impaciente
Que a un tiempo el castigo siente
Del freno y del acicate.

XVI

En tan solemne momento
Lucha Tabares a solas
Con las encontradas olas
De su propio pensamiento.
¿Qué busca? ¿Cuál es su intento?
¿Triunfará Dios o Satán?

Nunca los hombres sabrán
Por qué en el cerebro humano,
Como en el hondo Oceano,
Las olas vienen y van.

XVII

En vano a vencerse prueba,
Y con fuerza prodigiosa
Vuelve la pesada losa
Que abre paso a oculta cueva.
Del repleto hogar se lleva
Un grueso leño encendido,
Y arrójase enfurecido
Por aquella negra entrada,
Lanzando una carcajada
Doliente como un gemido.

XVIII

Alza el lebril que dormita
La noble cabeza, el sueño
Sacude, y en pos del dueño
Gruñendo se precipita.
Don Juan, con ira inaudita,
Marcha como un torbellino,
Y va saltando sin tino
Uno tras otro escalón,
Entre el humo del tizón
Con que alumbra su camino.

XIX

Al fondo del antro baja,
Y con sus puños de hierro,
De un triste y lóbrego encierro
El postigo desencaja.
Yace postrado en la paja
Un ser miserable y ruin,
Que recelando su fin
Azorado se incorpora,
Y con voz conmovedora
Grita:—« ¿Qué quieres, Caín? »

XX

Don Juan, insensible y duro,
La vista en torno pasea,
Y fija la humosa tea
En una grieta del muro.
—« Luis—le responde—te juro
Que te engaña el corazón,
Pues no tengo la intención
De arrebatarte la vida,
Como a una fiera cogida
En la trampa y a traición. »

XXI

—« ¿Qué pretendes, pues?—exclama
Don Luis, tendiendo los brazos:—
¿Quieres anudar los lazos
A que la sangre nos llama? »

Si la pasión que te inflama
En amor se convirtió,
No te detengas, que yo
Con alma y vida te espero. »—
Y rechazándole fiero,
Su hermano contesta:—« ¡No!

XXII

» Ya es razón que esto concluya—
Añade, falto de calma.
—¿Por qué Dios me ha dado un alma
Tan distinta de la tuya?
Pues no hay fuerza que destruya
El odio mortal que abrigo,
¿A qué, dí, cuando te hostigo,
Con tu cariño me hieres?
¡Aborreceme, si quieres
Ser generoso conmigo! »—

XXIII

Luego, con gesto feroz,
Prosigue quedo, muy quedo,
Como si tuviera miedo
De escuchar su propia voz:
—« ¡Si supieras cuán atroz
Es la inquietud con que lidio!
Yo prefiero el fratricidio
Al afán que me tortura,
Porque es tal mi desventura
Que hasta tus penas envidio.

XXIV

» Te detesto, y busco en vano
Un motivo a mis rigores.
Yo, grande entre los mayores,
Con tu perdición ¿qué gano? »
Y Don Luis replica:—« Hermano,
Todo tiene sus azares.
No conmigo te compares,
Que resultarás pequeño.
Yo tus grandezas desdeño
Y tú envidias mis pesares. »

XXV

—« Es cierto. ¡Suerte menguada! »—
Dice Don Juan impaciente,
Golpeándose la frente
Con mano dura y crispada.
La bondad, jamás cansada,
De Don Luis le desespera,
Y la pasión que le altera
Desborda en el calabozo
Con un ¡ay! mitad sollozo,
Mitad rugido de fiera.

XXVI

¡Ah! no es extraño que gima
De su angustia en el exceso,

Como el Titán bajo el peso
Del mundo que lleva encima.
No es extraño que le oprima
Su rencor vivo y profundo,
Ni que se agite iracundo
Con más ímpetu quizás,
Porque a veces pesa más
Un pensamiento que un mundo.

XXVII

De su voluntad no es dueño,
Como el alma pecadora
A quien asalta a deshora
Su culpa en forma de sueño.
Intenta con loco empeño
Vencer su ansiedad sombría,
Y exclama con voz tan fría
Cual la punta de una daga:
—« ¡Esta sed sólo se apaga
Con tu sangre o con la mía!

XXVIII

» Que el sol naciente me vea
Libre de tan grave peso. »—
Y levantándose el preso,
Dice resignado:—« ¡Sea! »—
Don Juan recoge la tea,
Y echa a andar, perdiendo el tino,
Porque el fulgor mortecino
Que el seco leño despide,
Tan sólo a trechos divide
Las tinieblas del camino.

XXIX

El uno del otro en pos
Van, con paso mal seguro,
Por el subterráneo oscuro,
Abandonados de Dios.
El lebel entre los dos
Sobresaltado camina,
Y por la lóbrega mina
Llegan al viejo portillo,
Que a un lado tiene el castillo
Del peñón en que domina.

XXX

El soldado que la puerta
Por fuera guarda y defiende,
Absorto el paso suspende
Viéndola de pronto abierta.
Lejanas voces de alerta
Turban la noche callada,
Y con frase entrecortada
Por el ardor que le agita,
Don Juan, avanzando, grita:
—« ¡Eh, malsín! Dame tu espada. »—

XXXI

Resistir quiere el soldado,
Y el monstruo entonces golpea
Con la resinosa tea
La faz del desventurado.
Por el dolor trastornado,
Cae el centinela inerte.
—« Toma para defenderte
De ese menguado el acero—
Prorrumpe Don Juan,—pues quiero
Morir o darte la muerte. »—

XXXII

Airado al ver tal acción,
Responde Don Luis:—« Le tomo
Para clavarle hasta el pomo
En tu infame corazón.
Por tan bárbara traición
Te matara una y cien veces. »—
—« ¡Gracias a Dios que apareces
Tal como yo te quería!—
Clama con sorda alegría
Su hermano.—¡Ya me aborreces! »

XXXIII

El frío intenso y tenaz
Calma pronto la zozobra
De Don Luis, que al fin recobra
Su única dicha, la paz.
Y en él despierta vivaz
El recuerdo santo y tierno
De aquellas noches de invierno
En que, al amparo de Dios,
Juntos oraban los dos
En el regazo materno.

XXXIV

Y compara aquellos años
De inocencia y bienandanza,
Tan henchidos de esperanza
Como desnudos de engaños,
Con los martirios y daños
Que ha sufrido entre cerrojos;
Y ante los duros enojos
De aquél a quien tanto quiso,
Siente llegar de improviso
Las lágrimas a sus ojos.

XXXV

Don Juan, que ya no refrena
Sus iras, marcha delante,
Revelando en su semblante
La pasión que le enajena.
Yace la noche serena
En vago adormecimiento;
La luna en el firmamento
Sin celajes resplandece.

Y hay tal calma, que parece
Como aletargado el viento.

XXXVI

Cuando a desatarse empieza
La tempestad en el alma,
¡Qué insoportable es tu calma,
Oh madre Naturaleza!
Nunca a la humana tristeza
Das el ansiado consuelo,
Y en los momentos de duelo
Nuestra pena es más aguda
Bajo la impasible y muda
Indiferencia del cielo.

XXXVII

Atravesando un pinar
Llegan, tras breve jornada,
A una planicie situada
Entre las cumbres y el mar.
Nada parece turbar
La paz del estéril llano:
Sólo del ronco Oceano,
Que con los peñascos lucha,
El sordo rumor se escucha
Como un gemido lejano.

XXXVIII

Todo en el alma despierta
Un vago afán misterioso:
El infinito reposo
De la llanura desierta;
La luz sin color y muerta,
Que inunda el diáfano ambiente;
Los ecos del mar rugiente,
Y el ladrido prolongado
Con que el lebrél erizado
La catástrofe presiente.

XXXIX

Hay en la vasta llanura
Un tronco seco y sin ramas,
Despojado por las llamas
De su pompa y su hermosura.
De la escarcha la blancura
Le da un tinte funerario,
Pues se eleva solitario,
Ennegrecido y escueto,
Como gigante esqueleto
Bajo su roto sudario.

XL

Don Juan, que la marcha guía,
Detiénese allí, desnuda
Su espada, y con voz sañuda
Clama:—« ¡Tu vida o la mía! »
En actitud grave y fría
Ante él su hermano se para,

Y mirando cara a cara
A su opresor:—« ¿Eso esperas?—
Le dice:—¡Qué más quisieras
Sino que yo te matara!

XLI

» Hierre, si intentas herir;
El golpe aguardo sereno,
Que yo, en cambio, te condeno
Al tormento de vivir.
¿Adónde podrás huir
Que no te alcance el castigo?
Te darán, en vano, abrigo
Otros climas y otras playas,
Pues dondequiera que vayas
Irás tu crimen contigo. »—

XLII

—« ¡Mi crimen!—ruge Don Juan.
—¡Por Cristo, que es brava idea! »—
Y en sus ojos centellea
La cólera de Satán.
—« Cuando suelto el huracán
Rompe, arrolla y desbarata,
Sólo algún alma insensata,
En momento tan aciago,
Culpa al viento del estrago,
Y no a Dios que le desata.

XLIII

» Desde el día en que nací—
Añade airado y convulso—
Obedezco a extraño impulso,
Y no soy dueño de mí.
Lucha, pues armas te dí
Para ganar la partida,
Que si en la lid fratricida
No opones el hierro al hierro,
Juro a Dios que como a un perro
Voy a arrancarte la vida. »—

XLIV

—« ¡Hazlo!—contesta su hermano.—
A tus instintos me entrego,
Pues no detendrá mi ruego
Los ímpetus de tu mano.
Mi muerte será ¡oh tirano!
Tu expiación más tremenda;
Y rompo la espada en prenda
De que no quiero cobarde,
Ni piedad que me resguarde,
Ni acero que me defienda. »—

XLV

Dice, y quebrando después
La bruñida y sutil hoja
En dos pedazos la arroja
De su verdugo a los pies.

Avanza tranquilo, y es
Su porte grave y austero.
—«Guarde cada cual su fuero—
Exclama—y ya que es tu sino,
Mata como un asesino,
Mas no como un caballero.»—

XLVI

Don Juan vacila un instante;
Con su conciencia batalla;
Pero al fin la envidia estalla
Más soberbia y más pujante.
—«¡Imbécil! recojo el guante,»—
Grita con áspero tono;
Y arrastrado por su encono,
Contra el desdichado cierra,
Que cae exánime en tierra
Exclamando:—«¡Te perdono!

XLVII

¿Cómo expresar el horror
De aquella escena de muerte?
La víctima yace inerte
A los pies del matador.
Con su pálido fulgor
La luna alumbra al caído;
El lebel, enardecido,
La hirviente sangre olfatea,
Y se revuelve, y rastrea,
Y rompe en lúgubre aullido.

XLVIII

Don Juan se detiene adusto;
El asombro en él se pinta,
Y la espada en sangre tinta
Cae de su puño robusto.
Los ojos vuelve con susto,
Horror se inspira a sí mismo,
Y cercano al paroxismo
Se retuerce y desespera,
Como si rodando fuera
Hacia el fondo de un abismo.

XLIX

Tierra, mar y firmamento,
Cuanto huella y cuanto mira,
Todo en torno suyo gira
Con rápido movimiento.
Llénase su pensamiento
De mortal incertidumbre,
Y la inmensa muchedumbre
De visiones que le asalta,
Ondula, bulle, resalta
Entre círculos de lumbre.

L

Su razón se turba, un velo
De sangre anubla sus ojos,
Y cubren vapores rojos

El mar, la tierra y el cielo.
Con acongojado anhelo
Lanza un grito de agonía,
Y huye como res bravía
Cuando de pronto a su oído
Llega el ardiente latido
De la furiosa jauría.

LI

Corre, corre, y corre en vano,
Porque cuanto más avanza
Más cerca a mirar alcanza
El cadáver de su hermano.
No encuentra término al llano,
Y ve con ansia crüel
Los ojos del nuevo Abel
De eterna sombra cubiertos,
Siempre fijos, siempre abiertos,
Siempre clavados en él.

LII

Nunca el torpe matador
De su víctima se aleja,
Y el miedo ver no le deja
Que va de ella en derredor.
Al fin recoge el traidor
De sus maldades el fruto:
Que a veces Dios, en tributo
A su justicia ofendida,
Todo el dolor de una vida
Reconcentra en un minuto.

LIII

Su ronda desesperada
Sigue con bronco resuello,
Puesto de punta el cabello
Y atónita la mirada.
En su fuga acelerada
Apenas el suelo toca,
Y cuanto más en su loca
Carrera el triste se ofusca,
Más le estrecha, más le busca,
Más el muerto le provoca.

LIV

Precipítase sin tino,
Y aumentando sus terrores,
Los espectros vengadores
Le acosan en el camino.
Gira como un remolino
Sin detenerse jamás,
Y va ciego, y cuanto más
Huye, ve más espantado
El cadáver siempre al lado
Y el lebel siempre detrás.

LV

Nada su pavor mitiga,
Y su marcha abrumadora

Se prolonga hora tras hora
Sin ceder a la fatiga.
Su propio crimen le hostiga
Con creciente frenesí,
Hasta que fuera de sí,
Crispado, lívido, yerto,
Se desploma junto al muerto
Gritando:—« ¡Infeliz de mí! »

LVI

Cuando su manto repliega
La triste noche sombría,
Tres muertos alumbraba el día
En la solitaria vega:
Don Luis, que en sangre se anega
Y yace en tranquilo sueño,
Don Juan, cuyo torvo ceño
Muestra su angustia final,
Y el lebrél, noble y leal,
Tendido a los pies del dueño.

LVII

¡Conciencia, nunca dormida,
Mudo y pertinaz testigo
Que no dejas sin castigo
Ningún crimen en la vida!
La ley calla, el mundo olvida;
Mas ¿quién sacude tu yugo?
Al Sumo Hacedor le plugo
Que a solas con el pecado,
Fueses tú para el culpado
Delator, juez y verdugo.

A LA INDUSTRIA

Aurelio Berro, poeta uruguayo (nacido en Montevideo en 1834), traza en este canto suyo la historia del maravilloso desarrollo de la Industria humana. Admira la multiforme habilidad con que ha sabido el hombre aprovechar en su propio beneficio y en el de sus semejantes los variados recursos naturales que le ofrece la tierra; pero, hacia el final de la composición, el poeta se duele de que no siempre vaya mezclado el culto del bien al de lo bello, en las obras del genio, y a continuación, tras saludar, y encomiar de nuevo a la Industria por los beneficios que reporta, clama contra los males de que es también causa, y llega hasta a maldecirla cuando se pone al servicio de los tiranos y perversos.

ADÁN, primer varón, surgió a la vida
Que Dios le deparó, de encantos llena.
Consciente, y libre de presión ajena,
Labróse, con su culpa, su caída.
Su prístina pureza así perdida,
Cundió la corrupción de vena en vena,
Y a la prole infeliz legó su pena
En su naturaleza enflaquecida.
Dios, misericordioso y providente,
Alto remedio al grave mal previno:
Descubrió la esperanza al inocente,

Fuso en las aras el dolor divino,
Subió a la cruz, y al abatir la frente,
Alzó los ojos y mostró el camino.
¡Raza de Adán, la sierva y la señora!,
Tu tarea empezó desde tu cuna,
Y apuras las jornadas una a una,
Del solo viaje cuyo fin se ignora.
Trepando la pendiente abrumadora,
El bosque atravesando y la laguna,
Desoyes, al andar tras la fortuna,
Tu voz interna que reposo implora.
Llegar te ves, donde llegar aspiras,
Y acaso hastiada de tu clara estrella,
Las blandas auras del hogar respiras;
Mas no descansas; ilusión más bella,
Meta más ardua, en lontananza miras,
Y se alza tu ambición, gritando: ¡a ella!
¡Ah! desde la alborada de la vida,
La ambición en el alma se despierta
Que va, por esa vía siempre abierta,
De deseo en deseo conducida.
Cruza al marcharse la ambición cumplida
Con la que asoma por la fácil puerta
Sin que un solo momento esté desierta
El alma débil que les da cabida.
¡Beato aquel que contemplando el cielo
Sin desfallecimiento y sin mudanza,
A nobles fines empenó ese anhelo!
¡Él podrá con serena confianza
Dar sus despojos al materno suelo
Y abrazarse, al morir, con la esperanza!

Llena de pruebas fué, penosa y lenta,
De nuestra stirpe la primer jornada.
Cuando a sus propios fuerzas entregada
Andaba errando sin hogar y hambrienta.
Desnuda ante el rigor de la tormenta,
Contra graves peligros desarmada,
Y en la zarza del bosque desgarrada
La obscura tez de rojo humor sangrienta.
¡Cuántas veces, acaso, habrá caído
El raudal de sus lágrimas amargas
A las espumas del torrente unido!
Tú sola, dulce fe, que el alma embargas,
Sus horas acortar habrás sabido;
¡Las que llena el dolor siempre son largas!

Pugnar debió, para nutrirse, un día,
El mortal infeliz; mas ya seguro
Del hambre y de la sed, buscóse un muro
Contra el rayo del sol que le ofendía;
Bajo el hondo peñón que le cubría,
Fuese formando su linaje obscuro;
Allí, su corazón agreste y duro
Al hálito de amor reblandecía:
Viendo en la piel de la cerdosa fiera,
Defensa al frío de la noche insana,
Caza él, y la tierna compañera

Con sólo su belleza, más galana,
Guardando el fuego, en la caverna, espera.
Tal fué el origen de la Industria Humana.

Débil de cuerpo, mas de ingenio fuerte,
Con la rama nudosa y piedra rota
Contra los reyes de la selva ignota

Te muestras bienhéchora en el castigo!
Unido el fierro a la adquirida lumbré,
El horizonte dilató su anchura:
La planta humana se movió segura,
Del hondo valle, a la empinada cumbre.
El arte, sucesor de la costumbre,
Ornó la utilidad con la hermosura;



Hace el hijo de Adán arma de muerte.
Después, el bronce, a su placer, convierte
En lanza aguda o defensora cota;
Dios, cuyo nombre de sus labios brota,
No le abandona en su precaria suerte.
El suelo, por su brazo, destrozado,
El útil grano a que sirvió de abrigo
Devuelve a su heridor, centuplicado.
¡Oh Providencia fiel, yo te bendigo,
A ti, que protegiendo al desterrado,

Nació el deseo de mayor holgura
Y fué ya escasa la primer techumbre.
Caverna, choza y artesón labrado;
Ruda piel, sayo vil y blanda tela,
Son las etapas del camino andado;
¡Pero el viaje moral, deja su estela
Lejos del rumbo que le fué trazado
Por quien el giro de los orbes vela!

Cuando brilla en los cielos encendida,

En pos de humilde noche, la luz pura,
 ¿Esa tierra, no veis, árida y dura
 De mil súbitas flores revestida?
 Impalpable simiente, allí, escondida,
 Despierta, y arrojando su envoltura,
 Rompe los senos de la madre obscura
 Al soplo misterioso de la vida.
 Así también la actividad humana
 Con fruto inesperado nos sorprende
 En cada despertar de la mañana:
 ¡El saber a la industria el brazo tiende
 Y un velo más de la natura arcana
 Con el rayo del día se desprende!
 ¡Ya no se mide la labor del hombre!
 Relámpago es su paso, en lo infinito
 Del tiempo durador, y deja escrito
 En hondas huellas el instable nombre.
 No hay tarea ni empresa que le asombre,
 Si su genio le inspira su apetito;
 Y hasta la valla de su ser finito
 Traspasa con la vida del renombre.
 Al movimiento, sin cesar, librado,
 Sus obras llevan de su audacia el sello,
 Tal vez con sangre del autor marcado.
 ¡Oh genio! sombra de inmortal destello,
 ¿Por qué, no siempre, en tu labor mezclado
 Veo el culto del bien al de lo bello?

¡Noble industria, salud!—Lazo potente
 Eres, que al hombre, con el hombre, liga,
 Y la extensión a dominar le obliga
 Tras nuevos climas de mostrar tu frente.
 Sí; supiste cambiar rápidamente
 En pan sabroso la buscada espiga;
 Y el vellón tibio que la carne abriga
 Al tugurio allegar del indigente;
 Mas, ¡ay! ¡la Libertad les dió a tus alas
 El aire y luz donde espaciarse te veas,
 Y a la Opresión das, tú, hierros y balas!
 Si nuevas armas contra el hombre creas,
 Si en el bien y en el mal tu esfuerzo
 igualas,
 Industria, don fatal: ¡maldita seas!

LA DILIGENCIA

En la Biblia se lee que cuando el pueblo de Israel, librado de la cautividad de Egipto por Moisés, caminaba por el desierto hacia la tierra prometida, Dios le alimentó con el maná, que descendía del cielo en menudos granos y sabía a sémola y miel. Pero el maná debía cogerse antes de salir el sol, porque de otro modo no se conservaba. De este hecho toma ocasión Vicente W. Querol (1837-1889) para recomendar la virtud de la diligencia.

EL ocio torpe con su lenta mano
 La viva antorcha sofocar procura
 Que, de la ciencia obscura,

Le muestra al hombre el ignorado arcano.
 Temo, mortal, que promulgada en vano
 No fué esta ley al ánimo despierto;
 Dijo el Señor:—« Quien salga de las tien-
 das

Antes que luzca la temprana aurora,
 Recogerá el maná junto a las sendas;
 Pero el que mueva el tardo paso incierto
 Cuando ya el rojo sol las cumbres dora,
 Tendrá la arena estéril del desierto. »

AL CONQUISTADOR DE ANÁHUAC

Los conquistadores de América fueron hombres realmente extraordinarios, por su arrojo, su tesón y la indomable energía de que dieron constantes pruebas. Y entre los más esforzados de esos heroicos aventureros figura en primera fila Hernán Cortés, quien, con un reducidísimo ejército, acometió la empresa de sojuzgar al vasto y poderoso imperio azteca. Uno de sus primeros actos de audacia fué quemar las naves en que había llegado la expedición, privando así a ésta de toda posibilidad de retroceder. El poeta mejicano José Peón y Contreras (1843-1907) se refiere en estos hermosos versos a las hazañas y desventuras del valiente caudillo español.

¡PASO!... A través de la tiniebla umbría
 De los remotos tiempos,
 Tienda su vuelo audaz la fantasía
 Sobre las verdes cumbres,
 Del opulento Anáhuac atalaya;
 Y en las alas atónitas del viento,
 Deténgase un momento
 Del golfo azteca en la arenosa playa.

Unas naves allí... sobre los puentes
 La roja llama del incendio humea,
 De las olas hirvientes
 En el cristal obscuro centellea;
 Por todos lados pavorosa brilla,
 Vuela en pavesas ígneas el velamen,
 Del aire maravilla,
 Y al crujir el robusto maderamen
 Se hunde en las aguas la cortante quilla.

—« ¡Sus! ¡A las armas! »—grita en la
 ribera

Mancebo audaz, alzando la cimera
 Del pavonado casco...—« ¡Por Castilla! »
 Y un viva resonó, tal como suele
 El retumbar siniestro
 Del trueno pavoroso
 Que en la revuelta esfera se dilata.

Lo mismo que bramando se desata
 El aquilón sañudo,
 El altivo escuadrón partió ligero,
 Embrizados la lanza y el escudo,
 Al redoblar del atambor guerrero.

No sin tornar al golfo la mirada,
Allí donde orgullosa se mecía
En las primeras horas de aquel día,
A la risueña luz de la alborada,
Del ave alegre a la primera nota,
Del ágil marinero a los cantares,
Juguete de los vientos tutelares,
Hija del mar, la castellana flota...

Y era Cortés!... marchando valeroso,
Lo imposible a sus pies avasallaba,
Luchaba con los suyos y triunfaba
Contra el poder inmenso del coloso.

Si pudo a Moctezuma
Con su ingenio vencer, aun le esperaba,
Tranquilo el corazón, fuertes las manos,
El héroe de los héroes mexicanos...

Corred, valientes, a la lucha fiera;
Detrás, la madre patria; a vuestra vista,
El pomposo laurel de la conquista:

Préstame, Inspiración, tu sacro numen,
Enciende mi alma en ardorosa llama,



CORTÉS MANDA QUEMAR LAS NAVES

Los campos ignorados
Donde tejíó, riendo placentera,
La cuna de sus glorias Primavera
Con las eternas flores de sus prados.

Y era Cortés el que llevado sólo
De su marcial instinto,
Cuando brillaba ya de polo a polo
El sol de Carlos quinto,
Iba al fuerte clamor de la victoria,
Con su espada no más y su fiereza,
Sin corona y sin cetro,
A igualar en los fastos de la historia
La majestad de César con su gloria,
La grandeza de un Rey con su gran-
deza.

Y la vibrante trompa de la fama
En las ondas del rápido elemento
Deje suelta la voz...el aire atruene,
Y en épico cantar mi pensamiento
Con enérgica rima el mundo llene.
Firme se apresta la imperial señora
Del poderoso Anáhuac, a la lucha;
¡El caudal de sus armas atesora,
Y el son guerrero del clarín escucha!
Tiende sobre ella el pavoroso manto
La lóbrega tiniebla; no se abate
Su sien altiva a la inconstante suerte,
¡Y resuelta a lidiar hasta la muerte
Lanza sus bravos hijos al combate!
Y el batallar comienza pavoroso,
Corre la sangre en río caudaloso,

Arde en las plazas la siniestra hoguera,
Se ve a su luz desierta la trinchera
Y henchido de cadáveres el foso.

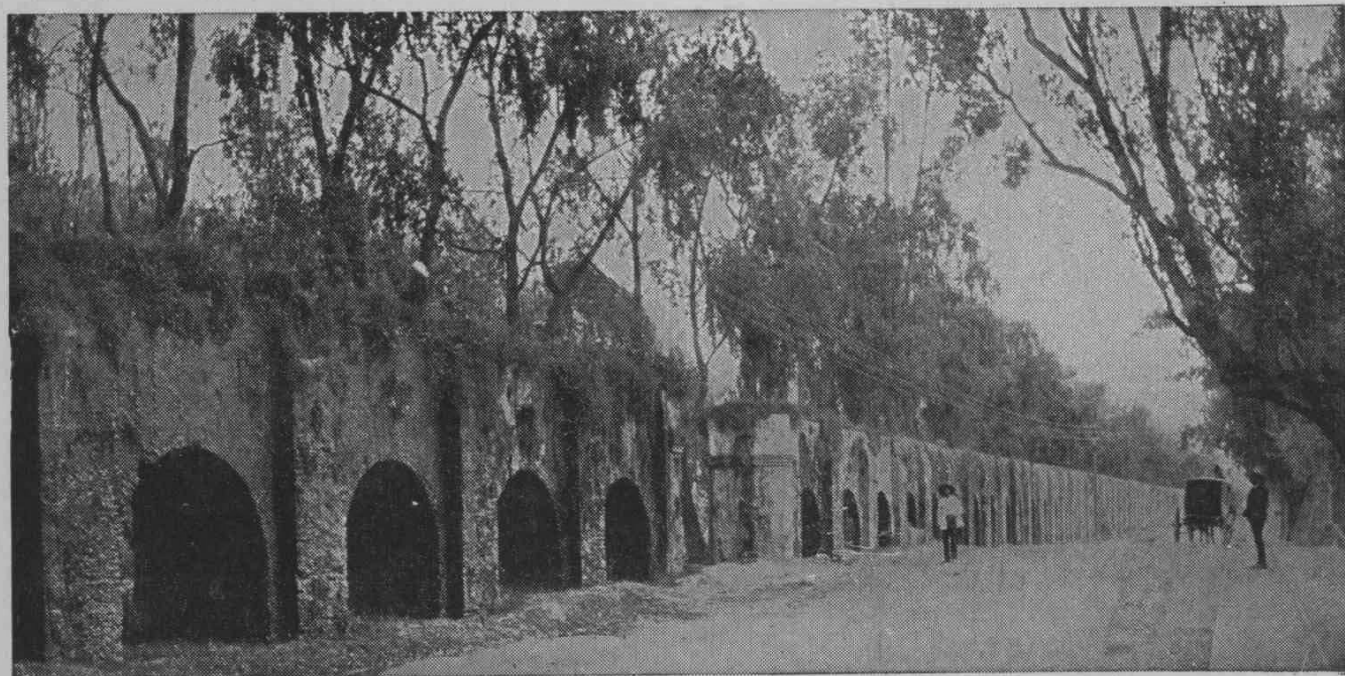
¡Todo es gemidos y ayes el espacio,
Juntos crujen la choza y el palacio,
Y se alza el sol de Oriente,
Y se hunde en Occidente,
Y pasa un día, y otro, y otro día
Se oculta, y todavía
Sangre refleja en su nublada frente!
¡Y sangre se refleja
En la pálida faz de la alta luna,
Si es que el humo a su luz el paso deja
Para quebrar su rayo en la laguna!

¡Niños, mujeres, débiles ancianos
Atraviesan las calles solitarias,
Alzan hambrientos temblorosas manos,
En el cielo se pierden sus plegarias,
Y mueren entre escombros
Al fulgor de cien teas funerarias!
Mas Guatimoc no cede: airado empuña
La sangrienta macana, que se embota
Del castellano en la acerada cota.
¡Inútil resistir!... La muerte trueca
Cadáver por cadáver, y tirana
La sangre generosa del azteca
Mezcla en los surcos con la sangre hispana.
¡Inútil resistir!... Fuerte y altivo,
Digno de su rival, a quien esquivo
El hado la faz vuelve, está el guerrero,
El castellano fiero
Que a Marte hurtó la poderosa lanza

Y el invencible acero,
¡Rayo fulgente que encendió la gloria,
Y entre el rudo fragor de la matanza
Arranca el verde lauro a la victoria!

¡Oh, patria que ensalzó mi idolatría!
No tengas por agravio
Que al vencedor de Anáhuac cante el labio
Que tus victorias pregonar solía.
Los héroes no tuvieron
Nunca patria ni hogar; nunca el profundo
Rencor herirles puede, nunca el dolo.
¡La patria de los héroes es el mundo!
¡La gloria de Cortés no es gloria sólo
De la noble Castilla! ¡El cielo quiera
Que al resonar mi canto,
Y su vuelo al tender sobre las olas
Que abrieron paso al pabellón ibero,
Desde las verdes playas españolas
Su nombre extienda al Universo entero!

Y tú, gigante sombra, que apareces
Girando en torno mío,
El galardón recibe que mereces.
Harto en momento impío
Te hirió la ingratitud cuando apuraste
El cáliz de la envidia hasta las heces;
Pues fué tan grande el mundo
Que legaste a tu patria con tu empeño,
Que te miró pequeño
Ante grandeza tanta...
¡Hoy la posteridad tu nombre canta,
La vil calumnia desarruga el ceño,
Y pedestal eterno te levanta!



ACUEDUCTO CONSTRUÍDO POR CORTÉS EN LA CIUDAD DE MÉJICO

PROMETEO

Prometeo era un genio mitológico, hijo del titán Tapeto. Según la fábula, después de haber formado al hombre con el barro de la tierra, quiso darle alma, y para ello fué al cielo, donde, valiéndose de un ardid, engañó a Júpiter y le robó el rayo, que transmitió al ser humano, animándole. El padre de los dioses, indignado por tanta osadía, condenó al ladrón a expiar su delito de una manera cruel: cargado de invencibles cadenas fué atado a la cumbre del monte Scitia, en el Cáucaso, donde un buitre se alimentaba de su hígado inmortal, y tanto como devoraba por el día, le nacía otra vez a la víctima durante la noche. Este suplicio no fué, sin embargo, eterno; pues una vez apaciguada la cólera de Júpiter, consintió en que Hércules libertase a Prometeo.

Este mito suele interpretarse en el sentido de que el malaventurado titán no es solamente el raptor del fuego celeste, sino además el representante de la humanidad activa, industriosa, inteligente; de la humanidad cuya ambición la lleva a igualarse con los poderes divinos. Prometeo es el tipo del hombre en lucha con la Naturaleza, quien, a fuerza de inteligencia y de habilidad, ha osado arrancarle algunos de sus secretos, y se esfuerza por ir siempre, física y mentalmente, « más allá ».

Olegario Víctor Andrade expone aquí su peculiar y filosófica interpretación de esa curiosa leyenda.

SOBRE negros corceles de granito
A cuyo paso ensordeció la tierra,
Hollando montes, revolviendo mares,
Al viento el rojo pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes,
Fueron en horas de soberbia loca,
A escalar el Olimpo los titanes.

Ya tocaban la cumbre inaccesible
Dispersando nublados y aquilones,
Ya heridos de pavor los astros mismos
En confusión horrible,
Como yertas pavesas descendían
De abismos en abismos;
¡Y el tiempo que dormía
En los senos del báratro profundo,
Se despertó creyendo que llegaba
La hora final del mundo!

El cielo estaba mudo;
Y la turba frenética avanzaba
Con ronca vocería,
Como avanza rugiendo la marea
En la playa sombría,
Cuando Jove asomó: vibró en su mano
El rayo de las cóleras sangrientas,
¡Rugió en su voz el trueno del estrago
Y encadenó a su carro las tormentas!

Temblaron los jinetes
En los negros corceles de granito;
Redoblaron su saña
Arrojando a los pórticos del cielo
Con insultante grito
Pedazos de montaña,
Y volcaron los mares
Para apagar en la soberbia cumbre
Los rojos luminare.

Pero Jove, iracundo,
Blandió sobre sus frentes altaneras
El hacha del relámpago que hiere
Como a una vieja selva las esferas:

A su golpe profundo,
Vacilaron montañas y titanes;
¡Y bajó el torbellino,
Heraldo de su gloria,
Con la negra cimera de huracanes,
A anunciar a los mundos la victoria!

Rodó la turba impía
En espantoso vértigo a la tierra;
No volverá a flamear en las alturas
Su pabellón de guerra
Teñido con la luz de cien volcanes.
Cayeron los titanes
Del abismo en las lóbregas entrañas;
¡Y Jove vengativo
Convirtió los corceles de granito
En salvajes e inmóviles montañas!

El Cáucaso, caballo de batalla
De algún titán caído
Al golpe del relámpago sangriento,
Se destacó sombrío
Con el cuello estirado, cual si fuera
A beber en el cauce turbulento
Del piélagos bravío.

Sobre la negra espalda,
Y entre el espeso matorral de rocas,
Que fueron la melena sudorienta
Donde cuelgan las nubes vagabundas
Sus desgarradas tocas,
Y en la noche desciende
A dormir fatigada la tormenta,

Tendido está el gigante,
Que amarraron los cíclopes soberbios
Tras larga lucha fiera
Con templadas cadenas de diamante:
Aun su pecho jadea
Como cráter hirviente;
Y cada vez que se retuerce inquieto,
El sol vela su frente,
Y la vieja montaña bambolea.

Hogueras son sus ojos.
Rojas hogueras que atizó el encono,
Antorchas funerarias de la noche
De su eterno abandono.
Y no es un grito humano
Lo que exhala su pecho
—Que no tiene el dolor tan rudas notas;—
Es el estruendo del volcán que estalla,
El grito del torrente en la espesura,
¡Choque de aceros y corazas rotas
En el fragor de la feroz batalla!

Sólo el Ponto responde a los rugidos
Que lanza en su desvelo,
Y llama en su socorro con voz lúgubre
A las inquietas ondas del Egeo.
Es que también él lucha;
Lucha con lo imposible y siempre espera.
Salvaje enamorado
Quiere arrastrar consigo a la ribera,
¡Y la ribera sorda
Escapa de sus brazos,
Dejándole en la lucha misteriosa
De su veste de juncos los pedazos!

En vano el Ponto grita
Y se endereza embravecido y fiero.
¡Él es también gigante encadenado!
¡Es también prisionero!
No romperá la valla que lo cerca,
Ni extenderá su turbulento imperio.
Basta una faja de menuda arena
Para atarlo en perpetuo cautiverio.

¡El titán no se abate!
¡Es que el dolor enerva a los pigmeos
Y a los grandes infunde nuevos bríos!
Cada día es más bárbaro el combate
Y más ruda su saña;
Si afloja un eslabón de su cadena,
Un martillo invisible lo remacha
Sobre el yunque infernal de la montaña.

Convidados hambrientos
Al salvaje festín de su martirio,
Vienen los cuervos en revuelta nube;
Verdugos turbulentos,
Que Júpiter envía enfurecido
A desgarrar la entraña palpitante
De su rival temido.
Suelta el titán los brazos
En actitud cobarde y dolorida
Al sentir su frenética algazara;
¡Parece que cayera anonadado
Bajo el horrible peso de la vida!
¿Qué maza lo ha postrado?
¿Qué golpe lo ha vencido en la batalla?
¡Es que después del rayo de los Dioses
Viene a escupirle el rostro la canalla!

Así en la larga noche de la historia
Bajan a escarnecer el pensamiento,
A apagar las centellas de su gloria
Con asqueroso aliento,
Odios, supersticiones, fanatismos;
Y con ira villana,
¡El buitre del error clava sus garras
En la conciencia humana!

« ¡Oh Dios caduco!, grita
El titán impotente:
Como esta negra carne que renace
Bajo el pico voraz del cuervo inmundo,
Renacerá fulgente
Para alumbrar y fecundar el mundo
La chispa redentora
Que arrebaté a tu cielo despiadado,
¡Germen de eterna aurora
Del caos en las entrañas arraigado!

» Desata, Dios caduco,
La turba ladradora de tus vientos;
Sacude los andrajos de tus nubes,
Y acuda a tus acentos
La noche con sus sombras,
Con montañas de espuma el Oceano...
¡No apagará la luz inextinguible
Del pensamiento humano!

» ¿Qué importa mi martirio,
Mi martirio de siglos, si aun atado,
Júpiter inmortal, yo te provoco,
Júpiter inmortal, yo te maldigo?
¿Si el viejo Prometeo, el titán loco,
El mártir de tu encono,
Siente tronar la ráfaga tremenda
Que va a tumbar tu trono?

» Tres siglos no he dormido;
Tres siglos de tormentos.
No hay astro que no se haya estremecido
Al sentir mis lamentos,
Ni nube que al pasar no haya vertido
En la copa de aromas del ambiente
Una gota de llanto
Para mojar mi frente.

» A veces he llorado,
Y el raudal de mis lágrimas heladas
Corrió por la ladera
Con ruido de cascadas.
El Araxa sombrío,
Dragón de negras fauces,
Que se calienta al sol en la pradera,
Es hijo de mis lágrimas. Por eso
Lanza gritos tan hondos,
Y atrae cuanto se acerca a su ribera.

» De vez en cuando, siento
Sollozos de mujer a la distancia:

Es Hesione, la mártir, que se queja
En el fondo del valle abandonada.
Las águilas del Cáucaso que pasan
Y la nube bermeja,
Que recibió en la faz ruborizada
El ósculo del sol en el Ocaso,
Le cuentan mi martirio
Y me traen el mensaje de su pena,
¡El mensaje tiernísimo que escucho,
Sacudiendo mi bárbara cadena!

» ¿Qué importan tus tormentos,
Tus tormentos de siglos, Dios airado?
¿Si en la lengua sonora de los vientos
Me transmite los himnos de su alma,
Como al través del médano abrasado
Va el polen de la palma?
¿Si en el trémulo seno,
Como el rayo en los negros nubarrones,
Lleva ella palpitando
El germen colosal de las naciones?

» ¡Desata tus borrascas!
Lanza a los aires tu bridón de llama,
Caduco soberano,
¡Y desplega en los cielos tenebrosos
Tu sangrienta oriflama!
Será tu empeño vano;
Soplo estéril tu aliento.
Yo he engendrado el titán que ha de
tumbarte
De tu trono de nubes:
¡El titán inmortal del pensamiento!

» Ayer, la tierra muda
Flotaba en los abismos de la nada,
Como una urna vacía
Al soplo del azar abandonada,
Y en sus hondas y frías cavidades
Sólo el eco se oía
Del monólogo eterno de las sombras,
Y el rumor de las roncadas tempestades.

» Hoy, la tierra está viva: alguien habita
El fondo de los mares;
Germen de vida y juventud palpita
En sus bosques de actinias y corales.
No es el viento el que gime en la maraña
De las selvas sonoras;
Ruido de alas abajo, y en el cielo,
Parece que revientan
Semilleros de auroras.

» Júpiter: aturdido con tu gloria,
Embriagado de orgullo,
¡No sientes en los senos del abismo
Lo que siente arrobado Prometeo!
Algo como un arrullo

En el nido de nieblas del vacío,
De misterioso enjambre el aleteo,
¡Cual si bandas de estrellas ensayasen
Su plumaje de luz, para lanzarse
A lucir en los campos del espacio
Su espléndido atavío!

» Aquella sombra muda,
Aquel eterno esclavo, peregrino,
Que lanzaste sin rumbo
En las negras jornadas del destino,
Ya no va caviloso,
Temblando del rumor de su pisada;
¡Lleva la frente erguida,
De misteriosa aureola circundada!

» Hay luz y voz en ella:
Es flor recién abierta,
Cuya blanca y espléndida corola
Tiene el perfume agreste de las cumbres
Y el latir convulsivo de la ola;
En breve de su seno
Volarán las ideas
—Mariposas de luz del pensamiento—
Y asombrarán al mundo con sus alas,
¡Más sonoras que el viento!

» Ellas me vengarán, Jove caduco:
Serán mis herederas.
Yo arrojé en el cerebro de los hombres
Semillas del volcán, germen de hogueras.
Desata el huracán de tus furores,
Redobla mi tormento;
Que ya viene el titán que ha de vengarme:
¡El titán inmortal del pensamiento! »

Dijo y calló: no ya desesperado.
Torva la faz, revuelta la pupila,
Sino grave, sereno, resignado,
Como quien, sin vencer, sabe que es suya
La victoria final y no vacila.
Algo como el fulgor de una sonrisa
Iluminó su frente,
¡Débil chispa encendida
En helados montones de ceniza!

No volvió a retumbar en la montaña
El grito del titán retando al cielo;
Ni temblaron las nubes, ni los astros
Detuvieron su vuelo
Para mirar la bárbara batalla;
Ni el negro Ponto amotinó sus ondas
Crispado y convulsivo,
Para arrancar de su prisión eterna
Al gigante cautivo.

Reinó la soledad en la alta cumbre,
Y descendió el Araxa gemebundo
Con torpe pesadumbre,

A arrastrarse callado en la llanura,
Como del alma en el profundo cauce
Desatan en silencio los recuerdos
Sus ondas de amargura.

¡Siempre el gigante en vela!
El cielo era la página sombría
En que al débil fulgor de las estrellas
Las misteriosas sílabas leía
De su destino fiero;
Y el errante cometa,
Que en la lejana cumbre aparecía,
Su torvo y taciturno mensajero.

De vez en cuando, oía
Como ruido levísimo de espumas
En las inquietas algas detenidas;
Como el roce ligero
De fantásticas plumas
Que tocaban su sien calenturienta;
Murmullo blando de hojas,
De un árbol invisible desprendidas
Después de la tormenta.

No eran rayos de luna,
Ni jirones de niebla desgarrados
Por el aire liviano:
Era el coro armonioso
De las gentiles hijas del Océano,
Que a la luz del crepúsculo salían
De sus grutas azules,
Y en torno del titán encadenado
Los húmedos cabellos sacudían.

« No duermas, Prometeo »,
Al pasar a su oído murmuraban,
Desatando en su alma
Las ansias infinitas del deseo.
« ¡No duermas! ¡que el Olimpo se estremece
Con inquietud extraña,
Y truenan los abismos,
Como truena el volcán en la montaña! »

Prometeo velaba,
Fijo el ojo en las lóbregas esferas
Que como enormes olas palpitaban,
Y atento al ruido sordo
Que las brisas del valle le traían,
El ruido de las razas que hormigueaban
Del Cáucaso en las negras madrigueras.

Una tarde... ya el sol desfallecía,
Como herido impotente
En los brazos oscuros
Del enorme fantasma de Occidente,
Cuando sintió temblar la dura roca
En que apoyó tres siglos la cabeza,
Y oyó en los aires algo
Como un tropel de fieras
Retozando del bosque en la maleza.

Inquieto y tembloroso,
Interrogó a las nubes que rodaban
Por el espacio mudo,
Como gigantes témpanos de nieve
Que desprende impaciente
El huracán sañudo.
Las nubes le dijeron
Que el Olimpo crujía,
Y que los viejos Dioses expiraban
En horrenda agonía.

Y la voz quejumbrosa
De las gentiles hijas del Océano,
Que en su pecho vertía
Las infinitas ansias del deseo,
Volvió a sonar dulcísima en su oído
Para decirle en melodioso idioma:

« ¡Despierta, Prometeo,
Que en las lejanas cumbres
Un nuevo sol asoma! »

Volvió el titán a sacudir airado
Sus duros eslabones,
Que al esfuerzo supremo rechinaron;
Y las rocas cayeron
Como viejos torreones
Por el rayo de Júpiter heridos,
Y los cuervos hambrientos se alejaron
Con lúgubres graznidos.

¡Ya el gigante está en pie! ya la mon-
taña,
Ara de su martirio,
Que empapó con la sangre de su entraña
Y aturdió en la embriaguez de su delirio;
La montaña, testigo dolorido
De su tremenda historia,
Es un negro caballo de pelea:
¡El pedestal soberbio de su gloria!

¿Qué ve en la inmensidad desconocida
Que su impaciencia calma,
Y otra vez avasalla
Con cadenas de asombros a su alma?
Ve alzarse en el confín del horizonte,
Del espacio en los ámbitos profundos,
Sobre la excelsa cúspide de un monte
Que se estremece inquieta,
Y en medio del espanto de los mundos,
¡De una cruz la fantástica silueta!

« ¡Al fin puedo morir!, grita el gigante
Con sublime ademán y voz de trueno;
¡Aquella es la bandera de combate,
Que en el aire sereno,
Ó al soplo de pujantes tempestades,
Va a desplegar el pensamiento humano
Teñida con la sangre de otro mártir,

—Prometeo cristiano,—
Para expulsar del orgulloso Olimpo
Las caducas deidades!

» Es un nuevo planeta, que aparece
Tras los montes salvajes de Judea,
Para alumbrar un ancho derrotero
A la conciencia humana.
El germen fulgurante de la idea,
Que arrebaté al Olimpo despiadado:
La encarnación gigante de mi raza
¡La raza prometeana!

» ¡Al fin puedo morir! Hijo de Urano,
Llevo sangre de dioses en las venas,
¡Sangre que al fin se hiela!
Aquel que me sucede, hijo del hombre,
Lleva el fuego sagrado
Que eternamente riela,
Ya le azoten los siglos con sus alas
O el viento furibundo,
El fuego espíritu, heredero
Del imperio del mundo.»

Dijo, y cayó como la vieja encina
Que troncha el leñador con golpe rudo.
La montaña tembló; y el negro Ponto
Se enderezó, sañudo,
Para asistir a su hora postrimera,
Y las gentiles hijas del Océano
Bajaron presurosas
¡Y en torno a su cadáver encendieron
De perfumadas leñas una hoguera!

¿Qué es aquello que cruza
Con planta soberana,
Sembrando mundos y encendiendo estrellas
Por la extensión callada?
Si se posa en la cumbre,
La cumbre se despierta sonrosada,
Como al ósculo tibio de la aurora
Despierta enrojecida la mañana;

Si baja a la pradera,
Dormida en brazos de la niebla fría,
La pradera galana
Con su velo de novia se atavía,
Y al rumor misterioso de su huella
Se ciñe el viejo bosque
Su corona más bella;

Si al mar descende—que la espalda
encorva
Como esclavo sumiso
Para besar su turbulenta planta,—
El mar abre su seno
Y el más sublime de sus himnos canta:
El himno con que arrulla
El sueño de los negros promontorios,
Centinelas inmóviles del mundo,

Y le enseña latiendo en sus entrañas
De las faunas y floras venideras
El légamo fecundo.

Todo a su paso vive, alienta, brota:
El mar, el monte, la desierta esfera;
Y a su soplo creador todo se expande,
Palpita y reverbera.
Levanta el polo mudo,
Como un arco triunfal para que pase,
Sus montañas de hielo,
Y enciende presuroso
Sus gigantescas lámparas el Ande
¡Para alumbrar el tránsito del cielo!

¡Él es el soberano, el heredero
Del cetro de la tierra,
Por su inmenso poder transfigurada!
No hay piélago ni abismo
Que no rasgue su seno a su mirada.
El guerrero inmortal que en cruda guerra
Destronó al paganismo
Y rompió las cadenas que arrastraba
La pobre humanidad esclavizada.

Es la chispa divina
Encendida en las bóvedas oscuras
De la conciencia humana,
Que todo lo ilumina;
El siglo de una raza de titanes
Destinada a la lucha y al martirio:
¡La raza prometeana!

En la cruz, en la hoguera,
En el árido islote, en el desierto,
En el claustro sombrío, dondequiera
Vierte su sangre a mares,
Que los helados páramos caldea.
¡Su sangre, que en los cauces seculares
De la historia, desata
Las corrientes eternas de la idea!

Hermanos son en el dolor, y hermanos
En la fe y en la gloria
Cuantos despejan la futura ruta
Con la luz inmortal del pensamiento.
Ya mueran en el Gólgota, ya apuren
De Sócrates severo
La rebotante copa de cicuta,
Ya nuevo Prometeo,
¡Al torvo fanatismo desafíe
Sobre Roma, montaña de la historia,
El viejo Galileo!

¡Arriba, pensadores! que en la lucha
Se temple y fortalece
Vuestra raza inmortal, nunca domada,
Que lleva por celeste distintivo
La chispa de la audacia en la mirada
Y anhelos infinitos en el alma;

¡En cuya frente altiva
Se confunden y enlazan
El laurel rumoroso de la gloria
Y del dolor la mustia siempre viva!

¡Arriba, pensadores!
¡Que el espíritu humano sale ileso
Del cadalso y la hoguera!
Vuestro heraldo triunfal es el progreso
Y la verdad la suspirada meta
De vuestro afán gigante.
¡Arriba! ¡que ya asoma el claro día
En que el error y el fanatismo expiren
Con doliente y confuso clamoreo!
¡Ave de esa alborada es el poeta,
Hermano de las águilas del Cáucaso,
Que secaron piadosas con sus alas
La ensangrentada faz de Prometeo!

TRABAJAR ES ORAR

El poeta centroamericano L. R. Peña desarrolla hábil y bellamente en estas estrofas, el concepto expresado en el título de las mismas.

LA vida es ansia eterna: necesita
Dilatarse en los mundos de la idea,
Como águila caudal que en la infinita
Región de clara lumbre se recrea.

Breve es la dicha y el dolor es largo:
Lentas fatigas y afanoso empeño,
En ímproba labor y tedio amargo,
Muestran que no es la vida alegre sueño.

¡Vivir es batallar! Batalla ruda
Contra el mal, la ignorancia, el fanatismo,
Y ese negro fantasma de la duda
Que hace del alma poderoso abismo.

La de mármol pentélico orgullosa
Escultura de Júpiter preciada,
Fué en su origen humilde y silenciosa
Tosca piedra en olvido sepultada.

Fidias la toma; con su genio imprime
En el mármol la vida gigantea,
Y surge palpitante obra sublime:
Que el genio es como Dios, por cuanto crea.

Todo se informa y desenvuelve bajo
La eterna ordenación que rige al mundo;
La ley de la materia es el trabajo:
La del alma es el bien noble y fecundo.

¡Al trabajo con fe! La inteligencia,
Mariposa que viste regias galas,
Sólo a la luz que irradia de la ciencia
Puede tender sus misteriosas alas.

Halle la vuestra en el estudio grave
Consolador aliento que os abone;

¡Lo porvenir! Lo porvenir ¡quién sabe!
De triunfos y de aplausos os corone.

Es el Progreso símbolo que encierra
La ley surgiendo del informe caos:
Si alta misión lleváis sobre la tierra,
¡Obreros del trabajo, levantaos!

EL TÚNEL DEL MONTCENÍS

Una de las grandes glorias de la ingeniería moderna, que, como el Canal de Panamá, merecen ser cantadas por los poetas, es el túnel del Montcenís que perfora los Alpes, estableciendo la comunicación entre Francia e Italia. A él va dedicada la composición que sigue, de Antonio Fernández Grilo.

ABRID paso a la voz mía,
Dejad que en potente vuelo
Pueda remontarse al cielo
Como el águila bravía;
Préstele la fantasía
Su solemne majestad,
Y en medio la inmensidad
Consiga de polo a polo,
Unir en un himno solo
La voz de la humanidad.

No soy el aura sonora
Que en inútil embeleso,
Busca el perfume de un beso
En la flor que la enamora;
No soy la bruma incolora
De la yerta tradición,
Ni la cándida ilusión,
Ni los sueños de la cuna,
Ni el tibio rayo de luna
Que duerme en el torreón.

Ante mi siglo postrado,
En sus glorias confundido,
En su estrépito aturrido,
De su pompa rodeado,
Por él, el genio impulsado
A otros mundos se levanta;
Y con su soberbia planta
Sobre el volcán de la idea,
¡Mi siglo conquista y crea,
Mi lira obedece... y canta!

Dios, que el abismo guardó
Del mar profundo en el seno,
Para pedestal del trueno
Los Alpes edificó;
Ni aun el águila escaló
Sus alturas colosales;
Que en sus cumbres inmortales,
Vecinas de los querubes,
Sólo descansan las nubes
Y silban los vendavales.

Fiel cumpliendo su destino,
El hombre en lucha altanera,
Vió en el monte una barrera
Que estorbaba su camino.
Como inquieto torbellino
Lanzóse a empresas soñadas,
Que aquellas moles pesadas
De eternas nieves cubiertas,
Están para el genio abiertas,
Para la inercia cerradas.

Del barreno el estampido
Ya estalla en delirio ciego;
Como un águila de fuego

Atrás, lides turbulentas,
Que no es más grande el poder
Ni la victoria, por ser
Las batallas más sangrientas;
Atrás, espadas sedientas,
Voraces y destructoras;
¡Atrás! ya dominadoras
Y más libres las naciones,
En vez de altivas legiones,
Se mandan locomotoras.

¡Vedlas! aturde y asombra
La fuerza de sus entrañas,
Perdidas entre montañas,



EL TRABAJO HUMANO VENCiendo A LA NATURALEZA

Vuela el peñasco encendido;
Presta al túnel escondido
La nieve su pabellón,
Y el tren, en sorda explosión,
Hierva envuelto en su blancura,
Como en pálida hermosura
El fuego del corazón.

No le hicieron vacilar
Los vientos enfurecidos,
Y el hombre y el arte unidos
Hacen al monte temblar.
¡Vedlos! dejadlos volar
De sus victorias en pos;
No es que pretendan los dos
Vencer a la Omnipotencia;
Es que quieren, por la ciencia,
Hacerse dignos de Dios.

Del túnel hondo en la sombra.
Serpiente de hierro alfombra
Su raudó vuelo fecundo;
Que ellas con poder profundo
Son como el rayo ligeras,
Las mejores mensajeras
De las conquistas del mundo.

Al monstruo al fin devoró
La oscura boca del monte;
Buscando nuevo horizonte
Otra boca le abortó;
Mi siglo al fin levantó
Su más gigantesco altar;
Pues cuando el hombre al luchar
Busca un esfuerzo divino,
No cierra Dios el camino
Ni en el monte ni en el mar.

El bienestar, la felicidad, la gloria, sólo son de quienes hacen esfuerzos por merecerlos—proclama el poeta uruguayo Enrique Kubly. Y al hacer presente que no hay victoria verdadera sin combate, advierte que éste debe sostenerse siempre en pro de causas nobles, como la Patria, la Libertad y la Justicia.

HAY que luchar ¡arriba el estandarte!
Que es débil hombre a quien la lid
arredra;

Para construir el templo es fuerza al arte
Romper a golpes de cincel la piedra.

Abate el hacha la vivaz floresta
Que va en bajeles a la mar trocada;
Hierro que el fuego encandeciendo apresta,
Batido sobre el yunque, fué la espada.

No es propicia a los genios la ventura;
Sólo al herirlo el pedernal chispea;
La libertad brotó de la tortura,
Y al choque del pesar nació la idea.

Nada sin pena y sin afán se funda,
Que está la obra del hombre en el torrente:
Lo que ha erigido la labor fecunda
Lenta socava la tenaz corriente.

¡Salud a los atletas que la vida
Con sus combates a rendir no llega!
Como a la encina sobre el monte erguida,
El rayo hiende, pero no doblega.

Honor a aquellos héroes cuya historia
Es himno augusto que los pueblos cantan,
Soldados del ideal que en la memoria
Viven del mundo que a lidiar levantan.

Constante batallar fué su destino,
El odio a la injusticia su pujanza,
Y un sepulcro al final de su camino
Sobre una tierra libre su esperanza.

Id más allá en el bien: el patrio anhelo
Temple su ardor que a la grandeza aspira,
Que nada importa la extensión de un suelo
Cuando a sus hijos la virtud inspira.

Pequeña y pobre es Grecia sin cadenas,
El esplendor de Persia legendario,
Y es más grande, con Sócrates, Atenas,
Que el imperio de Jerjes y de Dario.

Pensad que ciegos en su audaz empeño
Adoran otros lo que al mundo aterra,
Y buscando una gloria, que es un sueño,
Riegan con sangre la afligida tierra.

Es la quimera de la vida humana,
Y aunque la fuerza del poder deslumbre,
El triunfo sin razón es sombra vana
Para engañar la loca muchedumbre.

Es hermoso vencer: la lucha honora
Si es por salvar los que oprimidos gimen;
Cuando falta la mente redentora,
La gloria de matar no es gloria, es crimen.

¡Venid a la palestra! los amaños
Surgen sin tregua en la eternal contienda,
Y hay que librar del lobo los rebaños,
Y hay que guardar del fuego la vivienda.

Servid la libertad; su fortaleza
Dé la virtud a vuestros patrios lares,
No ha menester el pueblo otra grandeza
Para vivir tranquilo en sus hogares.

¡Alzad de la justicia la bandera!
Calle el rencor y vuestro acento vibre
Para pedir al mundo por doquiera:
¡Paz a los hombres en su patria libre!

LO IMPOSIBLE

Emilio Verhaeren, notable poeta y novelista belga, nacido en 1855, inculca en esta poesía la aspiración a ideales cada vez más elevados, sin desmayar nunca por insuperables que parezcan los obstáculos opuestos a la realización de aquéllos.

HOMBRE: por alto que sea ese monte
inaccesible

Que tu ardor quiere alcanzar,
No temas nunca domar
Los potros de lo imposible.

Sube más alto, más alto; tu descaminado
anhelo

Querrá, al camino mediar,
Su carrera limitar;
Todo el goce está en el vuelo.

Quien se para en el camino, su ruta pierde
en seguida;

La angustia, el ansia, el furor,
La pasión contra el error,
La fiebre, forman la vida.

El fin de ayer es mañana lo que tu camino
trunca:

En las jaulas donde moran
Las ideas se devoran,
Sin saciarse su hambre nunca.

¡Cambiar, subir! Es la regla y el fin más
alto y profundo;

El inmóvil hoy no es más
Que apoyo para el compás
Que mide el orgullo al mundo.

¡Qué te importa la cordura de antaño, que
fácil va

Entregando como palma
El triunfo fijo y en calma,

Si tu vivo sueño ardiente vuela siempre
más allá!

Sobrepásate en tus ansias, fervoroso, cada vez,

Asómbrate de tu aplomo,
Sin preguntar nunca cómo
Resistes a tu embriaguez.

Es un deseo tu alma que al Fin nunca quiere ir;

Los potros de lo imposible
Desde el monte inaccessible

Te llevarán, ellos solos, al inmenso porvenir.

EN UNA CASA NUEVA

La construcción de la nueva casa que ha de albergar a la familia, es un acontecimiento de capital importancia en la vida doméstica, y a la vez asunto digno de conmemorarse en hermosos versos, como lo hace aquí Juan Maragall, poeta catalán, nacido en 1860.

ALZANDO estas paredes, preso ha quedado en ellas

Lo que era antes de todos: ambiente, luz, espacio;

Ningún hogar errante acampará en su suelo,

Ya nunca más el ave ha de cruzar sus ámbitos.

Ya es tuya, dueño. ¡Sea! Muchos años la esposa

Impere coronada de risas infantiles,
Y se cierre esta puerta, dejando la paz dentro,

Y se abra, cual dos brazos, a los que lleguen tristes.

Y vosotros, los hijos, ya tenéis nido propio;

Ya sabréis lo que vale cuando dejéis su umbral;

Recordaréis un día, cuando la lluvia azote,
Cuán dulce era la sombra del dintel paternal.

MÁS ALLÁ DE LOS CIELOS

Por grandes que sean los progresos de la Ciencia, siempre quedarán inmensos horizontes inexplorados, guardadores de nuevos descubrimientos que realizar. Lo que hoy sabemos representa bien poco en comparación de lo que ignoramos acerca del Universo. Bellamente glosa estos pensamientos el poeta peruano Carlos G. Amézcaga, en la siguiente poesía.

I

¡*NEC plus ultra!* dijeron los latinos,
Midiendo, en Gibraltar desde la roca,
De Occidente los vórtices marinos...

¡No más allá! ¡tras de esos remolinos,
Toda ambición, toda esperanza es local!

Y las legiones bravas,
Que razas mil, esclavas
Hicieron, desde el *Rhenus*
Al *Quersoneso de Oro*,
Saludaban a Venus,
Con entusiasta coro,
Mirando en su carrera hacia el poniente,

Al astro que se hundía, lentamente,
Como bajel de luz...

¡Oh edades de oro

Y de hierro y de sangre! habéis concluido
Legando vuestras dudas al presente...

¿Qué importa si Colón ha desmentido
La afirmación audaz, cuando la mente

Del hombre, estrecha y dura,
No más allá, repite, porque hoy siente
Sujeta a su dominio armipotente,
De la tierra y el mar toda la anchura?

II

Ayer límite fué del genio humano,
La azul inmensidad del oceano:
Hoy ven los ojos con mayor desvelo,
La otra mayor inmensidad del cielo,
Y lloran de tristeza... ¡Oh! ¡cuán lejano
De nosotros está! ¡Qué hermoso brilla
Venus, el astro, en la indecisa noche!
Hoy, como ayer, desde terrestre orilla,
Surgir le vemos, diamantino broche
O encantado bajel, y nuestro anhelo
De abordarle al confín, lo absurdo toca...
¿Cómo hacia lo alto remontar el vuelo?...
¡No más allá! ¡tras el azul del cielo,
Toda ambición, toda esperanza es loca!

III

Véspero, nuestro hermano, en torno gira
Del mismo padre Sol... Desde tan lejos
Parece cariñoso que nos mira
Y un saludo nos manda en sus reflejos...
¡No más allá! ¿por qué?... ¿Será mentira
La Vida Universal?... Si es ése un mundo,
¿Cómo aquí no sentir sus pulsaciones,
Su hervor distante, su alentar fecundo,
Algo de nuestras propias sensaciones,
A través del espacio?... El ciego, el loco,
No es quien el alma a lo infinito eleva,
Y busca luz en el eterno foco:
Ciego es y loco, el que enterró en la gleba
Toda su aspiración; quien torpe lleva
El frontal hacia abajo, y tiene en poco
Lo que esplende allá arriba; lo que canta
Y ríe en siderales primaveras...
Loco el que mira y de mirar se espanta;
¡El que, ahogando su voz, no la levanta
Al concierto *innócent*! De las esferas!

Más allá piden hoy nuestros anhelos.
 ¿No vendrá, con sus cálculos profundos,
 Un Colón de los cielos,
 Que nos abra el comercio de otros mundos?
 ¿Por qué vanos serán nuestros desvelos?
 ¡Si es la carne grosera, y es pesada,
 Ligerero es el espíritu!... Sus vuelos
 Compiten con la fuerza aprisionada
 En el dinamo: fuerza creadora
 De movimiento y luz, reveladora
 De la que anima el Sol, y que anonada
 La distancia mayor... Puede, su huella,
 Fijar el alma en la remota estrella,
 Cual fija el pensamiento y la mirada.

V

En la silente noche, cuando brilla
 Sobre un tapiz obscuro
 De los astros la excelsa maravilla;
 Cuando nada nos turba, y al conjuro
 Del vidrio telescópico, aparecen
 Nuevas constelaciones, nuevas masas
 Que allá en lo más recóndito se mecen;
 Cuando albas nebulosas, tenues gasas,
 Cubren innumerables extensiones,
 Y no por más distantes, menos ciertos,
 Esos mundos revelan sus funciones
 A nuestros ojos, de entusiasmo abiertos,
 Llega un instante en que, atracción de
 abismo
 Sintiendo ya, los párpados cerramos
 Buscando adentro de nosotros mismos
 El fin de lo que arriba investigamos...
 ¡Íntimas y secretas relaciones
 Del hombre y de la hormiga! ¡fraternales
 Lazos de nuestro mísero planeta
 Con los gigantes cuerpos siderales;
 Esencia, única esencia de la vida
 Que lo compendia todo, y que el poeta
 Mejor que el matemático interpreta
 Midiendo aquello de que no hay medida!

VI

Del fluido misterioso que circula
 Por todo lo creado; del que todo
 Lo anima, lo transforma y lo regula,
 Sentimos el poder a nuestro modo.
 ¡Sacro ardor que las ciencias estimula!
 ¿Puedes tú, vano ser, puedes ser lodo?
 Tu continuo aspirar, tu hambre bendita
 De saber más y más, ya está diciendo
 Que eres un punto real de la inaudita
 Curva que no se cierra, y que, infinita
 Como la eternidad, se irá extendiendo.
 La chispa intelectual que nos agita

No ha prendido aquí abajo, ante el
 estruendo

De la tierra y el ponto en los glaciares:
 ¡Vino desde más lejos, al conjuro
 Del sol en los dominios estelares;
 Vino del mismo fuego excelso, puro,
 En que Canopus arde, como Arcturo,
 Sirio y Aldebarán!...
 ¡Oh, singulares

Vínculos que remontan la existencia
 Al eterno principio!

VII

Abre hoy la ciencia
 Extraños horizontes
 Al espíritu humano. Nuestro mundo
 No lo limitan ya mares ni montes:
 Se extiende al más allá; sigue el fecundo,
 Atómico, incesante movimiento
 Que va desde la costra endurecida
 Del Globo, al estrellado firmamento.
 Todo está en la unidad y todo es vida.
 De Marconi el invento,
 Es la primera senda sumergida
 En esos transparentes oceanos,
 Donde, en fuerza de ley desconocida,
 Surcan sin enmendar su recorrida
 Los planetas sin fin, todos hermanos...
 Y ante las ígneas flotas
 Que en las mareas del espacio, ignotas,
 Se rigen por designios soberanos,
 Las luchas de la tierra
 ¡Qué mezquinas parecen!... No hay cris-
 tianos
 Ni heterodoxos mundos, allá, en guerra...
 Todos cumplen idéntico destino:
 ¡Todos en velocísima carrera
 Marchan, cual desatado torbellino,
 Sin estorbarse nunca en el camino,
 Sin imponerse un dios, ni una bandera!

VIII

Cuando el viejo edificio se derrumba
 De la cristiana fe; cuando no alcanza
 Nuestra vista en el hueco de la tumba
 La más humilde flor de una esperanza;
 Cuando la voz de la tormenta zumba,
 Próxima a sepultarnos en el hielo
 Que guarda otros misérrimos despojos,
 ¿Cómo no alzar los ojos hasta el cielo?
 ¿Cómo allí no buscar algún consuelo,
 Si alma tenemos y tenemos ojos?...
 De duda atroz no calma la violencia,
 Sino del cielo al ver la augusta calma
 En sus noches de astral magnificencia...
 ¡Ah no! ¡el desprecio a la vulgar creencia
 No puede ser irreligión del alma!

¡Quien no dobla en el templo la rodilla,
Ni ante ídolo alguno se prosterna
(Porque ídolos y templo son de arcilla),
No puede, no, ante tanta maravilla,
Desconocer a Dios, substancia eterna!

IX

Tal de Newton la fe: tal la esperanza
De un *más allá* entrevisto en las regiones
Que el vividor estúpido no alcanza.
Newton miró hacia arriba, y la confianza
Destruyó sus primeras negaciones.
Vió el sabio, en lontananza,
Cifras desconocidas, misteriosas;
Cifras reveladoras de una ciencia
Que, comprendiendo las humanas cosas,
Fuera está de lo humano y su experiencia;
Y él, genio que advirtió las portentosas
Leyes de la atracción, él, que en sapiencia
Fué más lejos que nadie, sorprendido
De hallar ese algo que apuntó el deseo
En la verdad del Todo comprendido,
No tuvo dudas más y dijo ¡creo!...

X

Se oye el acento mismo
Que ayer en Gibraltar, hoy en la roca
Del negro escepticismo;
La misma voz que sume en desconsuelo
Al nauta que del cielo el paso invoca...
¡No *más allá*! ¡tras el azul del cielo
Toda ambición, toda esperanza es local...
Y esa voz sepulcral, quiere inspirada
Llamarse en las conquistas de la Ciencia...
¡Oh, Ciencia calumniada
Por los que no se inspiran en tu esencia,
Tú no puedes negar! tú de la nada
Eres la negación; tu obra es bendita,
Pues nos da la noción de algo estupendo;
Curva que no se cierra, y que, infinita
Como la eternidad, se irá extendiendo...
El árbol de la fe por ti rebrota,
Y al más allá del cielo nos invita
En alas de ti misma.... El alma flota
Hacia Dios porque tú nos le revelas
Con signos mil, más claros
Que todas las dogmáticas escuelas.
¡Oh, Ciencia! ¡te repudian los ignaros
Y hasta hay quien te declare en bancarrota
Porque no enciendes los vetustos faros
Ni alumbras el camino del idiota!

XI

Ven, alma Poesía,
Hermana precursora de la Ciencia,
Vibración de la cósmica armonía;
Ven tú a afirmar contra la duda impía,

Que apenas un albor de la existencia
No puede ser la plenitud del día;
Que entre el fragor de horribles tempestades
Adivina del hombre la conciencia
Su espíritu y presencia
En la labor sin fin de las edades;
Que si acaban sus pasos errabundos
En la mezquina tierra, a nuevas cosas
Nuevos cambios le llevan, más fecundos,
Y que si muere aquí, ¡con qué grandiosas
Convulsiones celestes, espantosas,
Mueren también los mundos,
Y renacen brillantes nebulosas!...

XII

Más allá de los cielos,
Tú no puedes mentir; tú eres saltante
Al ojo del espíritu sin velos...
La materia radiante,
Reconoció primero el ignorante
Que el sabio en sus científicos anhelos,
Y de un metal que es lumbre, por los
rastros
La gran verdad confirmase hoy, apenas,
De que el fuego inextinto de los astros
El mismo es que circula en nuestras venas.
¡Despierta, alma adormida,
Partícula del alma soberana
Por todo el universo repartida;
Despierta a la esperanza de otra vida
Que más feliz será, no siendo humana!

.....
Porque alza así su voz, ¿hay quién se
atreva
Llamar loco al poeta?... El ciego, el loco,
No es quien el alma a lo infinito eleva,
Y busca luz en el eterno foco...
Ciego es y loco el que enterró en la gleba
Toda su aspiración, quien torpe lleva
El frontal hacia abajo y tiene en poco
Lo que esplende allá arriba, lo que canta
Y ríe en siderales primaveras...
¡Loco el que mira y de mirar se espanta,
El que, ahogando su voz, no la levanta
Al concierto inmortal de las esferas!

ALBORADA

¡Cuán elevada y noble es la misión de la poesía,
cuando difunde ideales regeneradores de fe,
trabajo, lucha y esperanza! Así lo hace sentir
aquí el P. del Valle, poeta de Carrión de los
Condes (España).

POETAS, que anunciáis en vuestros
cantos
Las hermosas y alegres alboradas:

Las que irradian la luz del sol de Oriente,
 Las que entrevé, más alto, la esperanza;
 Poetas del amor y de la vida,
 Que lleváis, como signo de alta raza,
 La voz de la armonía en vuestros labios,
 La luz del ideal en la mirada,
 El ósculo del genio en vuestra frente
 Y el ósculo de Dios en vuestras almas...
 Vosotros los que, en éxtasis divinos,
 Vislumbráis las visiones soberanas
 Y hendéis la inmensidad del pensamiento
 Con la sublime majestad del águila;
 Los que heredasteis el ardiente espíritu
 De los profetas del Señor y el arpa
 En que vibran los himnos de la gloria,
 De la fe, del amor y de la patria:
 Alzad la voz del canto,
 Y en el canto la voz de la esperanza;
 ¡Excélsior!, hijos de la luz, ¡excélsior!
 Rompa el himno triunfal de la alborada,
 El que anuncia la aurora de la vida
 Y la aurora de Dios anuncia al alma...

Cuando en noches de trágicas angustias
 Tiende el genio del mal sus negras alas,
 Y muda, bajo un cielo sin estrellas,
 Huye la inspiración, buscando el alba;
 Cuando la musa del brutal escarnio,
 Cual furiosa bacante desgarrada,
 Brinda en su copa el vino del oprobio
 Y ultraja a Dios y a su nación ultraja;
 Y muere el santo amor que da la vida,
 En la ignominia del amor que mata,
 Y al tedio universal, al hondo hastío
 Que asalta las conciencias deshonoradas,
 Responden el rugido de unos odios
 Que del tigre fundieran las entrañas,
 El clamor de amarguras sin consuelo,
 Los gritos del dolor sin esperanza,
 La voz del frenesí, ronca y vibrante,
 Que en las grandes catástrofes propaga
 El horror infinito de la vida
 Y la ansiedad inmensa de las almas;
 Cuando triunfa el escándalo sin lucha
 Y Dios se eclipsa y el terror se agranda,
 ¡Bendito aquel que viene
 En nombre del Señor! Gloria y hosanna
 Al que anuncia la paz entre los hombres,
 Y al dolor de la vida la esperanza,
 La gloria al mártir y al que muere aman-
 do...
 ¡La luz de las divinas alboradas!
 ¡Bendito el que sin iras ni flaquezas,
 Y afrontando el furor de la borrasca,
 Canta al Dios que cantaron nuestros padres,
 Canta la cruz en que ellos nos dejaron
 Todo su amor en el postrer suspiro,

Para que ella a sus hijos hermanara
 Y, al besarla, aspiraran en un beso
 La fe de Dios y el alma de la patria!...
 ¡Bendito aquel que en su cantar difunde
 El genio austero y fuerte de su raza,
 La ingenua voz del sentimiento virgen,
 La vida y el amor de su comarca:
 Todo lo santo que su pueblo adora,
 Todo lo grande que su pueblo canta:
 El alma nacional, rompiendo en himnos
 Y radiando esplendores de alborada...

¡Poeta! Si eres digno de este nombre
 Y el pacto de Esaú tu honor rechaza;
 Si vibran en tu voz la voz del genio,
 Corazón varonil y alma cristiana,
 Alza tu noble acento, tú que vienes
 En el nombre de Dios y de la patria...
 Hienda los aires tu cantar sublime
 De fe, de amor, de gloria o de esperanza;
 Sea hirviente raudal de intensa vida,
 Que infunda al viejo tronco nueva savia,
 Aura primaveral que abra las flores
 Y el fecundante amor lleve en sus alas.
 Canta, poeta; y tu viril acento
 Devuelva a la conciencia aletargada
 Hervor de juventud, épicos bríos,
 Fiebre de inspiración y ardientes ansias,
 Y el recio temple de las almas grandes,
 La fe robusta de las almas sanas;
 Y a la mente la luz de lo infinito
 Y al arte sus visiones arrobadas,
 Y el hierro de la idea al pensamiento
 Y el hierro de la sangre a las entrañas.

¡Excélsior!, hijos de la luz, ¡excélsior!
 ¡Alzad la inspiración y alzad el alma!
 Cantad al corazón los dulces cantos
 De la fe, del amor y de la patria;
 Los himnos de la vida y de la gloria,
 El cántico triunfal de la alborada.
 Cantad, cantad, poetas,
 La luz del ideal tres veces santa;
 Conducid a la tierra prometida
 Del desierto la errante caravana.
 ¡Todo menos morir en el oprobio
 O en ocio estéril que envilece y mata!
 Lucha es la vida, ¡paso al combatiente
 Que ama el vivir y acude a las batallas
 Del trabajo que temple y vigoriza
 Los cuerpos y las almas!...
 ¡Paso a la vida! empuñe nuestra mano
 De la lucha la insignia sacrosanta;
 Empuñe su mancera el campesino,
 La pluma el sabio y el cantor el arpa,
 Su cetro el rey, la cruz el sacerdote,
 Y el héroe la bandera de la patria...
 ¡A luchar y a vivir! ¡Baldón y mengua

Al desertor de la común batalla!
 ¡Excélsior!, hijos de la vida, ¡excélsior!
 Alzad el corazón y alzad el alma,
 Dejad que el polvo se convierta en polvo,
 Desgaje el hacha la podrida rama,
 Que los muertos entierren a sus muertos
 Y que engendren infames las infamias.

¡A luchar y a vivir! ¡Cantad la vida
 Que cree y espera, que combate y ama,
 Que arrostra las fatigas del trabajo
 Y arrostra el temporal de la borrasca!
 Hija de fuertes y de fuertes madre,
 Noble y viril, pacífica y honrada,
 Ni se rinde ni tiembla; y en la lucha
 Su juventud renueva como el águila.
 ¡Paso a esa vida que trabaja y ora,
 Que lleva en sí la majestad humana,
 La imagen de su Dios en la conciencia,
 Entusiasmo y amor en sus entrañas,
 Y arriba, por corona, el sol del cielo,
 Y más arriba el sol de la esperanza...

Poetas, que anunciáis en vuestros cantos
 La luz de las divinas alboradas,
 Las radiantes auroras de los cielos,
 Las divinas auroras de las almas,
 Cantad la vida que trabaja y ora,
 Que cree y espera, que combate y ama;
 Cantad la vida en su humildad sublime,
 Cantad la vida que a su Dios avanza,
 La que al morir refleja en sus pupilas
 ¡Salve, vida inmortal! la luz del alba.

CAVE NE CADAS

El autor, Carlos Martínez Vigil, literato uruguayo (nacido en 1870), ha condensado en el título latino de esta poesía las enérgicas ideas que en ella proclama. «Cave ne cadas» significa «cuida no caigas», esto es, que debe todo hombre mantenerse erguido y valiente, en la lucha constante que es la vida. Esa frase suele usarse generalmente en el sentido que le daban los romanos, quienes se valían de ella para advertir a los mimados de la gloria o la fortuna, lo fácil que es caer nuevamente en la obscuridad o en la miseria.

LA humanidad a comprender alcanza,
 En el mar de la vida turbulento,
 Que es cada acto infantil una esperanza,
 Y cada acción senil un desaliento.

Mas, cual Anteo que recoge abajo
 Vigor para arrostrar la cruda guerra,
 El hombre, que nació para el trabajo,
 Se enardece al contacto de la tierra.

¡No desmayar! ¡no desmayar! La vida
 Vale fuerza, poder, ardor, combate.
 Para mí es un mortal que se suicida
 El que en la triste adversidad se abate.

¡No hundir la noble frente entre lo
 impuro
 Por no ver del triunfar la hora cercana!
 ¡Siempre se muestra el cielo más obscuro
 Cuando viene el claror de la mañana!

Quien es honrado, altivo, diligente,
 No se somete a yugos ni cadenas,
 ¡Y es cada pensamiento de su frente
 Vibrante pabellón en las almenas!

De este mundo al pisar la encrucijada,
 Hay que aprestar los vírgenes aceros.
 ¡La vida es una lucha despiadada
 De lobos disfrazados de corderos!

Hay que sufrir, en lucha gigantea,
 Los amargos y rudos sinsabores.
 Cobarde no es quien teme la pelea:
 Es cobarde quien huye los dolores.

No hay que temer el mundanal barullo
 Sino pelear con ínclitas bravuras.
 ¡Por algo lleva el hombre cor. orgullo
 La frente dirigida a las alturas!

La vida no es para quien gime y llora;
 La vida no es para quien sufre y calla.
 ¡Hay que aturdir al mundo hora tras hora!
 ¡Hay que aplacar a gritos la canalla!

Con la virtud por única trinchera,
 Valientes combatamos mucho, mucho...
 ¡Hay que pelear al pie de la bandera
 Hasta quemar el último cartucho!

SIEMBRA ETERNA

En la historia de la Humanidad cada generación recoge, como legado, el fruto de los sudores y afanes de la precedente. Tal es la ley del progreso, a la que debemos rendir nuestro tributo, según esta poesía de Román de Saavedra, literato español contemporáneo.

SEMBREMOS en los campos eternos
 de la vida,
 Sin pensar en el fruto, sin soñar en la flor;
 Cada semilla humilde que germina escondida,
 Guarda para otros hombres un mensaje
 de amor.

La vida es toda fruto de una espiga
 primera
 Que por surcos ignotos, desde la eternidad,
 Va rodando, rodando, de una era a otra
 era;
 Va rodando, rodando, de una edad a otra
 edad.

Somos los segadores de esa herencia
divina;

Una deuda remota nos apremia al nacer.
Enterremos el germen de la futura encina,
Para gozar la sombra de la encina de
ayer.

A UN ARROYO

El arroyo que arrastra por la pradera su
corriente, ora límpida y mansa, entre las flores
que esmaltan sus orillas, ora turbia e hinchada por
las lluvias, es para el autor de esta composición,
Manuel del Palacio, la imagen y emblema de
nuestra vida, con sus alternativas de felicidad y
desventura.

EMBLEMA misterioso
De nuestra vida,
Hoy triste y agitada
Y ayer tranquila;
Deja que al verte
Pueda mezclar mi llanto
Con tu corriente.

Arroyo cristalino,
En cuyas aguas
Vi reflejarse un día
Mis esperanzas;
Tus ondas turbias
Ora sólo reflejan
Mis amarguras.

Yo he visto en tus orillas,
Arroyo manso,
Crecer hermosas flores,
De color vario,
Que con anhelo
Sus cálices doblaban
Por darte un beso.

Entonces era pura
Tu linfa bella,
Como era puro el cielo
De mi existencia;
Ninguna nube
Empañaba tus limpias
Ondas azules.

Los árboles del prado
Te daban sombra,
Y el lirio y la azucena
Su grato aroma,

Y de tus aguas
Ruisseños bebían
Batiendo el ala.

Hoy tu oscura corriente,
En cauce estrecho,
Va sorda murmurando
Tristes recuerdos;
Y, en vez de rosas,
Amarillos zarzales
Junto a ti brotan.

También mi antigua calma
Lloro perdida,
Y trocada en quebranto
Fué mi alegría.
También murmuro
Recuerdos dolorosos
Como los tuyos.

Emblema misterioso
De mi amargura,
Que reflejan sombrías
Tus ondas turbias:
Deja que al verte
Pueda mezclar mi llanto
Con tu corriente.

Pronto la primavera
Vendrá gozosa,
Y del prado los árboles
Te darán sombra:
Y de tus aguas
Beberán ruisseños
Batiendo el ala.

Pronto crecerán flores
En tus orillas,
Y besarán humildes
Tu clara linfa.
¡Flores hermosas,
Que al mismo sol que nacen
Después se agostan!

Corre, arroyuelo manso,
Corre sereno,
Y en tu cristal retrata
Mis dulces sueños;
Que si esto hicieras,
No mezclarás mi llanto
Con tu corriente.



LAS DOS LINTERNAS

Campoamor alude en esta poesía a lo que se refiere del filósofo griego Diógenes el Cínico (413-323 a. de J. C.), que recorrió una vez en pleno día las principales calles de Atenas con una linterna encendida y contestó a los que le preguntaron por el motivo de aquella extravagancia: «Busco un hombre». Frente al cáustico pesimismo del filósofo de Sinope, Campoamor presenta su escepticismo optimista y benévolo.

I

DE Diógenes compré un día
La linterna a un mercader.
Distan la suya y la mía
Cuanto hay de ser a no ser.

Blanca la mía parece;
La suya parece negra;
La de él todo lo entristece;
La mía todo lo alegra.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

II

—Con mi linterna—él decía
—No hallo un hombre entre los seres.—
¡Y yo, que hallo con la mía
Hombres hasta en las mujeres!

Él llamó, siempre implacable,
Fe y virtud teniendo en poco,
A Alejandro, un miserable,
Y al gran Sócrates, un loco.

Y yo ¡crédulo! entretanto,
Cuando mi linterna empleo,
Miro aquí, y encuentro un *santo*;
Miro allá, y un *mártir* veo.

¡Sí! mientras la multitud
Sacrifica con paciencia
La dicha por la virtud,
Y por la fe la existencia,

Para él virtud fué—simpleza,
El más puro amor—escoria,
Vana ilusión—la grandeza,
Y una necedad—la gloria.

¡Diógenes! mientras tu celo
Sólo encuentra, sin fortuna,
En Esparta algún *chicuelo*,
Y hombres en parte ninguna,

Yo te juro por mi nombre
Que, con sufrir el nacer,
Es un héroe cualquier hombre,
Y un ángel toda mujer.

III

Como al revés contemplamos
Yo y él las obras de Dios,

Diógenes o yo engañamos.
¿Cuál mentirá de los dos?

¿Quién es, en pintar, más fiel,
Las obras que Dios crió?
El cinismo dirá que él,
La virtud dirá que yo.

Y es que en el mundo traidor
Nada hay verdad ni mentira:
Todo es según el color
Del cristal con que se mira.

LAS DOS GRANDEZAS

Alejandro Magno, el célebre conquistador macedonio, que derrocó el imperio persa, apoderándose de todos sus estados, conquistó el Egipto, donde fundó Alejandría y extendió su dominación hasta el Indo, admiraba, según cuenta la historia, el temple de alma de Diógenes, que se jactaba de no rendir tributo a los convencionalismos y costumbres sociales de su tiempo, y, despreciando el poder, el tausto y las riquezas, vivía medio desnudo en un tonel.

Campoamor presenta aquí una entrevista entre ambos personajes, haciendo resaltar el contraste que formaban sus ideas y caracteres.

UNO altivo, otro sin ley,
Así dos hablando están:
—Yo soy Alejandro el rey.
—Y yo Diógenes el can.

—Vengo a hacerte más honrada
Tu vida de caracol.
¿Qué quieres de mí?—Yo, nada;
Que no me quites el sol.

—Mi poder... —Es asombroso,
Pero a mí nada me asombra.
—Yo puedo hacerte dichoso.
—Lo sé, no haciéndome sombra.

—Tendrás riquezas sin tasa,
Un palacio y un dosel.
—¿Y para qué quiero casa
Más grande que este tonel?

—Mantos reales gastarás
De oro y seda.—¡Nada, nada!
¿No ves que me abriga más
Esta capa remendada?

—Ricos man ares devoro.
—Yo con pan duro me allano.
—Bebo el Chipre en copas de oro.
—Yo bebo el agua en la mano.

—Mandaré cuanto tú mandes.
—¡Vanidad de cosas vanas!
¿Y a unas miserias tan grandes
Las llamáis dichas humanas?

—Mi poder a cuantos gimen,
Va con gloria a socorrer.

—Yo sé que, del orbe dueño,
Seré del mundo el dichoso.
—Yo sé que tu último sueño
Será tu primer reposo.

—Yo impongo a mi arbitrio leyes.
—¿Tanto de injusto blasonas?



DIÓGENES Y SU TONEL

—¡La gloria! capa del crimen;
Crimen sin capa ¡el poder!

—Toda la tierra, iracundo,
Tengo postrada ante mí.
—¿Y eres el dueño del mundo,
No siendo dueño de ti?

—Llevo vencidos cien reyes.
—¡Buen bandido de coronas!

—Vivir podré aborrecido,
Mas no moriré olvidado.
—Viviré desconocido,
Mas nunca moriré odiado.

—¡Adiós! pues romper no puedo
De tu cinismo el crisol.
—¡Adiós! ¡Cuán dichoso quedo,
Pues no me quitas el sol!—

Y al partir, con mutuo agravio,
Uno altivo, otro implacable,
—¡Miserable! dice el sabio;
Y el rey dice:—¡Miserable!

EL REINO DE LOS BEODOS

¡A qué subterfugios no se apela para eludir el cumplimiento de las leyes que imponen ciertas saludables privaciones! Con tanta gracia como ingenio lo hace patente Campoamor en la fábula siguiente, que termina con una importante máxima de buen gobierno.

TUVO un reino una vez tantos beodos
Que se puede decir que lo eran
todos,

En el cual por ley justa se previno:

—*Ninguno cate el vino.*—

Con júbilo el más loco

Aplaudióse la ley, por costar poco:

Acatarla después, ya es otro paso;

Pero en fin, es el caso

Que la dieron un sesgo muy distinto,

Creyendo que vedaba sólo el tinto,

Y del modo más franco

Se achisparon después con vino blanco.

Extrañando que el pueblo no la enti-
tienda,

El Senado a la ley pone una enmienda,

Y a aquello de: *Ninguno cate el vino*,

Añadió, *blanco*, al parecer, con tino.

Respetando la enmienda el populacho,

Volvió con vino tinto a estar borracho,

Creyendo por instinto ¡mas qué instinto!

Que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,

En la segunda enmienda, de contado

—*Ninguno cate el vino*,

Sea blanco, sea tinto—les previno;

Y el pueblo, por salir del nuevo atranco,

Con vino tinto entonces mezcló el blanco;

Hallando otra evasión de esta manera,

Pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,

—«No es eso, no señor,» dijo el Senado;

«O el pueblo es muy zoquete, o muy
ladino:

Se prohíbe mezclar vino con vino.»—

Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragua!
¿Creeréis que luego lo mezcló con agua?

Dejando entonces el Senado el puesto,
De este modo al cesar dió un manifiesto:

La ley es red, en la que siempre se halla

Descompuesta una malla,
Por donde el ruin que en su razón no fia.
Se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!

Y en lo demás colijo

Que debiera decir, si no lo dijo:

Jamás la ley enfrena

Al que a su infamia su malicia iguala:

Si se ha de obedecer, la mala es buena;

Mas si se ha de eludir, la buena es mala.

LOS DOS ESPEJOS

EN el cristal de un espejo
A los cuarenta me vi,
Y hallándome feo y viejo,
De rabia el cristal rompí.

Del alma en la transparencia
Mi rostro entonces miré,
Y tal me vi en la conciencia,
Que el corazón me rasgué.

Y es que, perdiendo el mortal
La fe, juventud y amor,
¡Se mira al espejo, y mal!
¡Se mira al alma, y... peor!

CAMPOAMOR.

CANTO AL TRABAJO

El trabajo es la fuente de donde proviene cuanto progreso y bienestar goza hoy el hombre en todos los órdenes. El maravilloso grado de adelanto que ha alcanzado el mundo, así en ciencias como en artes, industrias, comercio, y en todo cuanto contribuye a hacer la vida fácil, hermosa y placentera, es producto de la actividad humana, enérgica y sabiamente dirigida.

José María Gabriel y Galán canta en esta composición la grandeza, la verdadera sublimidad de esa ley fecunda y bienhechora, sin cuya constante observancia jamás hubiera podido la humanidad escalar las más altas cimas de la civilización.

A TI, de Dios venida,
Dura ley del trabajo merecida,
Mi lira ruda su cantar convierte;
A ti, fuente de vida;
A ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta
La obscurísima voz de mi garganta
Lo que tienes ¡oh ley! de creadora,
Lo que tienes de santa,
Lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura
Que manas oro de la henchida hondura,
Fecunda y rica en mi canción te llamo;
Porque eres levadura
Del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,
Fecundas, regeneras, enriqueces,
Alegras, perfeccionas, multiplicas,
El cuerpo fortaleces
Y el alma en tus crisoles purificas.

¡ Señor! Si abandonado
Dejas al mundo a su primer pecado
Y la sabia sentencia no fulminas,
Hubiéranse asentado
Tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda
Fulminó la sentencia tremebunda,
Y por tocar en tus divinos labios
Tornóse en ley fecunda
El rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras
Extraen las abejas mieles puras,
¿Cómo Tú no sacar de tu justicia
Paternales ternuras
Para la humana original malicia?

Fecundo hiciste al mundo,
Feliz nos lo entregó tu amor profundo,
Y cuando el crimen tu rigor atrajo,
Nuevamente fecundo,
Si no feliz, nos lo tornó el trabajo.

¡ Mirad, ojos atentos,
Toda la luz que radian sus portentos,
Todo el vigor que en sus empresas late!...
¡ No hay épicos acentos
Para cantar el colosal combate!

Mirad cómo a la tierra
Provoca con el hierro a santa guerra,
Desgarrando sus senos productores,
Donde juntos sotierra
Semillas, esperanzas y sudores.

El bosqueje descuaja,
Las peñas de su asiento desencaja,
Estimula veneros, ciega fosas,
Y el alto cerro cuaja
De arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,
Trenza el río sereno y lo despliega
En innúmeros hilos de agua pura
Que mansamente riega
Ópulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada,
La detiene en la presa, y luego airada
La despeña en cascadas cristalinas
Con fuerza regulada
Que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares
Abruma con el peso de millares
De buques que cargó con sus labores,

Y a remotos lugares
Manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora
La distancia en la audaz locomotora
Que creó gallardísima y ligera;
Mirad cómo perfora
La montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura
Y persigue el filón dentro la obscura
Profunda mina que el tesoro guarda;
Cómo la inmensa altura
Va conquistando de la nube pardá.

Cómo el taller agita,
Cómo en el templo del saber medita,
Y trepida en las fábricas brioso,
Y en las calles se agita,
Y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,
Torna rico el erial, pinta, cincela,
Incrusta, sierra, pule y abrillanta,
Edifica, nivela,
Inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,
Fuego del cielo, espanto de la gente,
Ha tornado en sumiso mensajero
Que de oriente a poniente
Lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo
Les da para los suyos pan sabroso,
Olvido al triste en su dolor profundo.
Salud al poderoso,
Honra a la patria y bienestar al mundo.

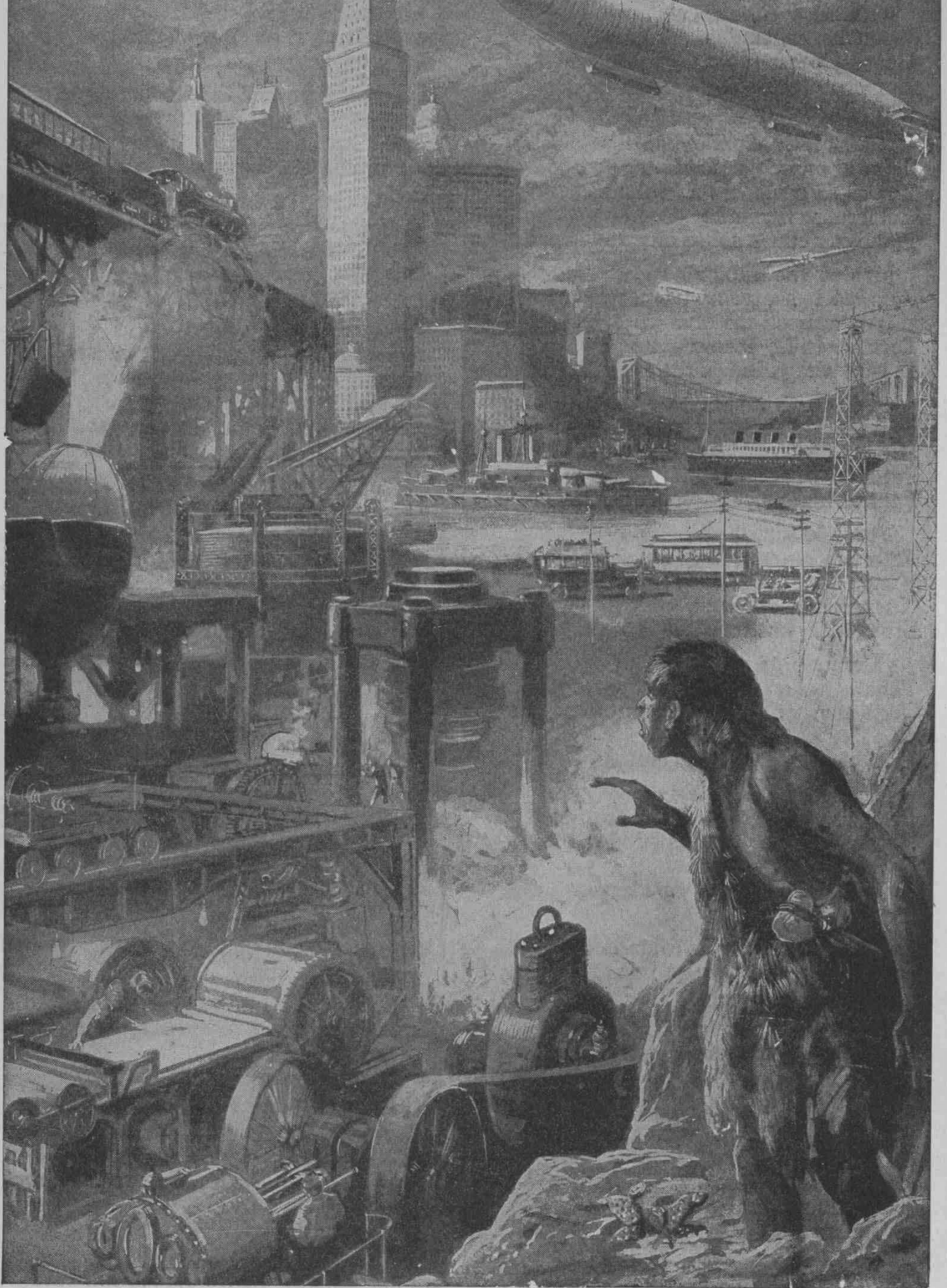
Tiempos aun no venidos
Del imperio triunfal de los caídos:
¡ Derramad pan honrado y paz bendita
Sobre hogares queridos
Que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados
De la justicia, que avanzáis armados:
¡ Sitiad por hambre o desquiciad las
puertas

De alcázares dorados
Que no las tengan al trabajo abiertas!

¡ Vida que vive asida,
Savia sorbiendo, de la ajena vida,
Duerma en el polvo en criminal sosiego!
¡ Rama seca o podrida
Perezca por el hacha y por el fuego!

Y gloria a ti ¡ oh fecundo
Sol del trabajo, alegrador del mundo!
Sin ofensa de Dios, que fué el primero,
Tú el creador segundo
Bien te puedes llamar del mundo entero,



El hombre primitivo, contemplando las maravillas de la civilización, producto del incesante trabajo humano.

LAS SEMENTERAS

I

CON el relente que le da tempero
La madrugada roció la tierra.
Se siente frío en la besana húmeda;
El terruño está solo. Ya alborea.
Lo dice levantándose del surco
La alondra mañanera
Que desgrana en el aire el de sus trinos
Hilo copioso de sonantes perlas.

Ya sale el sol de las mañanas tibias,
Ya sale el sol de las mañanas buenas,
Sol de salud incubador de gérmenes,
Sol de la sementera.

No tiene más testigos y cantores
Que yo y la alondra en la besana escueta,
Ni más espejos que el regato limpio
Y el rocío en las puntas de la hierba.

Viene triunfante, coronado de oro;
Radiante viene levantando nieblas,
Y evaporando el matinal relente
Que parece el aliento de la tierra.

Ya llegan mis gañanes con las yuntas
Canturreando la canción primera
Que les arranca el equilibrio plácido
De bien venir de la mañana buena.

Rayando los timones el camino,
Y en alto la mancera,
Vienen los bueyes con la cruz que forman
El yugo y el arado en la cabeza.

Ya escucho golpes secos
De mazos y de azuelas,
Silbidos cariñosos,
Nombres de bueyes que en besana entran
Y uno que suena compasado ruido
Como de riego de menudas perlas
Al desplegarse el abanico de oro
De la simiente que los mozos riegan.

Estoy en el repecho
Presidiendo mi hermosa sementera.
Todo lo escucho con avaro oído:
El blando hundirse de las anchas rejas;
El süave rodar hacia los lados
De la mullida tierra;
El alentar pujante de los bueyes,
De cuyos bezos charolados cuelgan
Tenues hilos de baba transparente
Que el manso andar no quiebra;
Aquel pausado y firme
Posar de sus pezuñas gigantescas;
El crujir dormilón de las coyundas
Que el yugo pulimentan;
Un aliento de brisa tan süave

Que apenas se menea,
Un hondo y general rumor de vida
Y un ruido sordo de pujante brega.

Y tal como si el alma del terruño
Viniese toda condensada en ella,
La tonada de arar al alma llega
Cantando cosas dulces,
Diciendo cosas buenas.

Sus mansas recaídas
Parece que remedan
La suavidad de las laderas dulces
De la ondulada castellana tierra
O el tranquilo vaivén de los pensares
Que el mar ondulan de las almas serias.

Y a mí también me hablan
Sus lánguidas cadencias
Del bien gozar los apacibles goces,
Del bien llorar las bendecidas penas,
Del buen amor de la feliz esposa,
Del bien sentir la paternal querencia,
Y de un vivir sereno,
Fuerte y seguro como aquel que llevan
Paso de hierro sobre tierra blanda
Los mansos bueyes de gigantes fuerzas.

II

Cruzan el cielo nubecillas tenues
Que parecen blanquísimas guedejas
Cortadas del vellón immaculado
Que dieron en Abril las corderuelas.
El sol baña el terruño,
Se ve crecer la hierba
Y huele a tierra húmeda
Cargada de promesas.

¡Qué dulce es presidir desde el repecho
La propia sementera,
Si el cielo es transparente, fresco el aire,
Húmeda y fértil la esponjada tierra,
El sol templado, la simiente sana,
Robustas las parejas,
Alegres los gañanes,
La tonada de arar sentida y lenta,
Sabroso el pan de casa
Y el agua del regato limpia y fresca!

La mente embebecida
Se carga entonces de memorias beilas;
Del lado del hogar me vienen todas,
Que el hogar es el cielo de la tierra;
La paz de mi vivir me las regala
Y en paz el corazón las paladea.
¡Aquella del hogar sí que es hermosa!
¡Aquella sí que es santa sementera!
También yo la presido,
También Dios la bendice y la gobierna...
JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN.

LA EPOPEYA DE LOS CON- DORES

Samuel A. Lillo describe admirablemente en esta composición un terrible combate entre un grupo de muchachos montañeses y cerca de un centenar de cóndores. El relato está hecho con tal habilidad y soltura, que el lector se imagina presenciar todos los lances del sangriento drama.

ERA la edad lejana
De los tiempos heroicos de esta
tierra,

En que vibraba todavía el grito
De libertad, del mar hasta la sierra;
En que cada labriego,
Al ascender la noche sus montañas,
Contaba junto al fuego
El poema viril de sus hazañas;
El tiempo legendario
Cuando en la soledad de los alcores
Luchaban con los pumas,
Como nuevos Davides, los pastores;
Cuando los aldeanos,
Al asomar la aurora,
Miraban descender hacia los llanos,
Más fieras y más grandes
Tal vez que las de ahora,
Las bandadas de cóndores del Andes.

En grupos bulliciosos acudieron,
Al conocer la nueva de aquel día,
Los fornidos muchachos montañeses
A tomar su lugar, como otras veces,
En la gran cacería.

Construyeron el campo de la liza
Al pie de unas alturas
Que cierran allí el valle, y lo cercaron
Con una red de troncos que amarraron
Con fuertes ligaduras.
En el centro dejaron por la noche
Un toro recién muerto que atrajera,
Al clarear la alborada,
La interminable hilera
De la hambrienta bandada.

Desde el alba la turba de muchachos,
En espera del duelo,
Atisbaba escondida en la maleza
Cuál bajaban los cóndores del cielo.
Algunos descendían con presteza
Para entrarse resueltos al cercado;
Otros, revoloteando con pausado
Y airoso movimiento,
O con las grandes alas extendidas
Pasaban por encima y se alejaban,
Como naves llevadas por el viento.

Al sonar la campana
Que en la hacienda lejana

Llamaba a la oración de mediodía,
Cerca de una centena
De cóndores enormes
Ocupaban la arena,
Formando en torno del becerro muerto
Un inquieto montón, en que peleaban
Los pájaros más fuertes y temidos
La presa ensangrentada, en un concierto
De aletazos, carreras y graznidos.

Hartos, por fin, de carne,
Uno a uno del grupo se apartaron
Y, abriendo lentamente los resortes
De sus alas gigantes,
Intentaron en vano alzar el vuelo:
Rendidos y jadeantes,
Chocaban con la recia empalizada
Y aleteando rodaban por el suelo.

Cuando de duras pieles revestidos,
Penetraron los mozos,
Llevando a la cintura sus cuchillas
Y empuñando a la vez las gruesas lumas
Los cóndores quedaron silenciosos
Y se agruparon junto a las orillas;
Hasta hubo alguno que alisó sus plumas,
Estiró el cuello y entreabrió las alas,
Como los medioevales paladines
Que oían en el viento
La lejana señal de los clarines.

Un viejo cóndor, que llegó postrero,
Tranquilo se quedó; se desquitaba
De sus días de ayuno en las montañas.
Con su pico de acero,
Apoyando las garras formidables
En la res, le rompía las entrañas.
Luego agitó sus alas sorprendido
De la brusca invasión y enardecido
Lanzóse contra el mozo delantero,
Mas un golpe certero
Dejó su cuerpo colosal tendido.

Fué aquello la señal: en un instante
Juntáronse los bandos en la arena;
Algunos de los buitres, espantados,
Trataron de escapar, otros, airados,
Y con los picos y collares rojos
De sangre todavía,
Saltaban a los ojos
De los bravos muchachos, y atrevidos,
Esquivando los golpes de sus brazos,
Dando roncós graznidos,
Los herían con recios aletazos.
Ya alguno de los mozos de alma fiera,
Entre arranques de ira o de alegría,
Rota en partes la piel que lo cubriera
Y libres a los vientos los cabellos,
Como un nuevo Rolando, discurría

En la espesa legión que revolvió
Sus negras alas y sus blancos cuellos.

Ora uno de los buitres más bravíos,
Resguardando su espalda con los troncos,
Dando saltos enormes, rechazaba
De los zagales los pujantes bríos;
Y de súbito, al fin, se escabullía
Al fondo de la liza, semejante
A un jaguar que ha burlado la jauría.

Como nubes oscuras,
Torbellinos de hierbas y de polvo
Subían desde el fondo a las alturas,
Al par que el formidable vocerío,
Con el rudo golpear de los campeones,
Iba llevando por la sierra el eco
De un combate de cóndores y leones.

Cesó un momento la porfiada lucha;
Las aves, vacilantes,
Mirando con tristeza sus montañas,
Al fondo del corral se refugiaron
Silenciosas y hurañas.
Los mozos, jadeantes,
Las sudorosas frentes se enjugaron,
Alegres comentando sus hazañas,
Y algunos de los cóndores vencidos,
Con los sangrientos miembros destrozados,
Buscaron un rincón en la maleza
Para morir tranquilos, resignados,
Escondida en la hierba la cabeza,
Como al caer en los romanos circos,
Antes que pedir gracia a sus señores,
Solían esconder bajo el escudo
Su cabeza los fieros gladiadores.

Del fondo del palenque,
Avanzó de improviso
Un recio cóndor de gigante altura
Y de ancho collar blanco
Que contrastaba con su veste oscura,
Y abriéndose camino,
En actitud airada
Frente a un muchacho a colocarse vino.

Parecía un antiguo condotiero
Que pelease por toda la mesnada.
Al verlo junto a él, resuelto el mozo
Saltó sobre el caudillo;
Y en el centro del cuello vigoroso
Sepultóle hasta el mango su cuchillo.
Irguióse el ave, y antes que pudiese
Dar nadie nungún paso,
Lo abatió con un golpe de sus alas
Y el cráneo le rompió de un picotazo.

Alzóse un espantoso clamoreo
De horror y de protesta.
Los que antes contemplaban,

Trepados en los troncos,
Las fases de la fiesta,
En confuso tropel se descolgaron
Y en medio del palenque penetraron:
Al par que los jinetes
Bajaban por la cuesta a la carrera,
Y rompían los recios estacones
Con el rudo empujón de sus bridones.

Y cuando separaban conmovidos
Los labriegos al ave y al muchacho
Estrechamente unidos,
Los cóndores que estaban agrupados,
Dispuestos a la lucha todavía,
Salieron por la brecha que se abría.
Y al encontrarse afuera,
Sacudiendo las alas triunfalmente,
Cruzaron, dando saltos, la pradera.

Alzaron luego el vuelo; lentamente
Pasaron por encima de la liza;
Y al mirar el montón de sus hermanos,
Con el cuello en tensión y contraídas
Las garras por la saña,
Se fueron, desfilando en larga hilera,
Con rumbo al peñascal de su montaña.

LA CAZA DEL PUMA

ES la tarde. La jauría cazadora
Perdió el rastro en la espesura. So-
bre el monte
Yace el puma fatigado, mientras dora
Ya la lumbre de la luna el horizonte.

Allí inmóvil en las hierbas está echado,
Temblorosos los ijares con la saña;
Aun eriza su gigante lomo arqueado,
Y despiden sus pupilas llama extraña.

De improviso yergue inquieto la cabeza:
A lo lejos un tropel siniestro escucha;
Con elástica soltura se endereza,
Presintiendo ya el peligro de la lucha.

Descendiendo por la cuesta de la loma
Que a su espalda se levanta, la jauría
En confuso torbellino ya se asoma,
Dando al aire su salvaje algarabía.

El primero que de todos baja al frente
Es un dogo gigantesco que no espera
La cuadrilla, y que gruñendo sordamente,
Se abalanza sobre el cuello de la fiera.

Es el dogo más feroz de la comarca
Y el leonero más tenaz y más experto;
Pero un golpe formidable del monarca
Lo derriba con el rojo vientre abierto.

Salta el puma sobre el cuerpo, y acosado
Por la turba de sabuesos que ya llega,

Se despeña por la cuesta hacia la vega.

Y bañado por la luna, semejaba,
Al empuje de sus saltos colosales,
Un fantástico vampiro que volaba
Por encima de los negros matorrales.

Corta el llano de improviso, como un tajo,
Un torrente de hondo cauce, junto al cual
Se levanta, centinela de aquel bajo,
Una altísima patagua secular.

Sólo llega hasta el riachuelo la espesura
De los litres y las murtas. Se descubre
Desde el borde al otro lado la llanura
Limpia y clara, como el cielo que la cubre.

Al sentirse en la barranca detenido,
Viendo el puma que está encima la jauría,
Salta al cauce y por el tronco retorcido
Rauda sube hasta la cúpula sombría.

Y la fiera, dando tregua a sus temores,
Puede ver, agazapada entre el follaje,
Las traillas de sabuesos cazadores
Que registran y olfatean el bosque.

Atraviesan, resoplando, la corriente
Los caballos y los perros; y una hoguera
Encendida por los mozos prontamente
Cerca el árbol donde encuéntrase la fiera.

Luego sube por el tronco hacia el felino
A ponerle sobre el mismo cuello el lazo,
Un intrépido muchacho campesino,
Un atleta de amplio pecho y fuerte brazo.

Libres, prestas van sus manos: han
probado
Ya las bestias su vigor más de una vez;
Lleva el lazo en la cintura preparado
Y en los dientes su cuchillo montañés.

Mientras sube con pausados movi-
mientos,
Salta abajo la jauría ladradora,
Y allá arriba, remecido por los vientos,
Solitario, sobre el árbol el león llora.

Su ciclópeo corazón está sangrando,
Y sus lágrimas, que corren una a una,
Como enormes solitarios, van rodando
A los pálidos fulgores de la luna.

Llega el mozo, y con impávida destreza
Sobre el cuello de la fiera arroja el lazo;
Pero el puma, sacudiendo la cabeza,
Iracundo lo desvía de un zarpazo.

Es que al silbo de aquel látigo ha sentido
Revivir en las entrañas su coraje;
Y rugiendo, salta y hiere al atrevido
Que al caer va rebotando en el ramaje.

Y una sombra misteriosa, velozmente,
Con un salto, desde el árbol cruza el río;
Y el rumor de una carrera sordamente
Va subiendo desde el llano al bosque
umbrío.

Mientras suenan del riachuelo en las
orillas
Juramentos, y carreras y bufidos,
Y ensordecen las quebradas las cuadrillas
Con el coro de sus lúgubres ladridos,

Alumbrado por la luna que lo baña,
Como un reto hacia los perros cazadores,
En la cima de la próxima montaña,
Lanza el puma sus rugidos triunfadores.
SAMUEL A. LILLO.

LAS SIETE PALABRAS DEL POETA

Uno de los más celebrados poetas españoles
de nuestro tiempo, Eduardo Marquina, cierra
su poema geórgico «Las Vendimias», con esta
bella exhortación, en que predomina un sano y
confortante simbolismo.

ME has dado pena, humanidad, que
gritas
En torno del Lagar, como si el vino
No se hubiera de hacer: no estás segura
De los misterios naturales.—¡Pobre!
Tienes señales de hambre y te impacientas
Delante de los hornos donde cuece
El pan con levadura de mañana.

Yo te quiero tener—hermana mía,
Madre mía y amada de mi espíritu—
Pendiente de mis labios y a tu pecho
Llevar la confianza, que protege
La vida de los niños.

Vuelve y mira
En derredor de ti: fuera del hombre,
Toda cosa en el mundo es infalible.
Encerrados en medio de los montes
Que dan seguridad, los campos hacen
Su alternativo cambio de cosechas
Sin rendirse jamás; las selvas, quietas
En apariencia, lentamente siguen
Su crecimiento solapado; el río
Constantemente baja de los montes
Y penetra en el mar constantemente;
El mar, solemne y triste, no se cansa
De arrojar, cada vez, sobre las playas
Los cadáveres blancos de sus olas;
Y el sol, eterno amigo de los hombres,
Sale cada mañana; y cada tarde
Deja su reino espléndido a la luna,
Cuya luz sólo goza el que la busca.

Todo está ya anunciado: el Universo
Hacé un solemne ruido de colmena
Donde la miel del porvenir preparan
Las doradas abejas de las cosas:
Todo está ya previsto: ¡el Universo
Pone miedo en el alma, porque tiene
El fermentar fatal y acompasado
De un inmenso Lagar no abierto nunca!

¡Aprended, pues, en el Lagar pequeño
La doctrina sin ley que os hará dueños
Del inmenso Lagar!

I

Tened *Paciencia*.

¡Santa, impasible, bienhadada, pura
Y serena Paciencia! Eres el rostro
De una vida perfecta; luz de luna,
Lo tranquilizas todo en nuestro espíritu.
Inmensa nave azul de velas blancas,
No necesitas para andar, del hábil
Esfuerzo del remero fatigado.
Tu movimiento es insensible: siempre
Te guarda el cielo un viento de bonanza
Que te empuja sin ruido mar adentro.
Abrigas nuestras almas, con tu blando
Vellón de resignado corderillo,
Cuando nos cerca el desengaño ¡oh Buena!
Tú eres la mano que prepara el campo
Donde, al pasar, los pájaros felices,
Han de dejar caer semillas de oro.
Tú modelas el vaso del espíritu
En los inviernos de escasez y aguardas
Con ojos de alegría la cosecha
Una vez y otra vez... ¡Paciencia heroica!
¡Baja como una lluvia a mis entrañas,
Y hazlas amigas de las cosas: háblame
Desde todos los sitios; que tu música
Me dé alegría en las heladas rocas
Y en las tibias llanuras de los campos:
Enséñame a encontrarme venturoso
Y en posesión de mí por todas partes!
¡Pon tu mano de lirio en la agitada
Confusión de mi pecho, y haz que rimen
Sus bárbaros latidos con el blando
Golpear de las olas en las playas
Y con el curso de los astros buenos
En los cielos!

II

Amad la *Fortaleza*.

Todo, a su tiempo, es fruta que merece
Caer en vuestras manos: ¡sed heroicos,
Sed fuertes y extended sin miramientos
El poderoso brazo, cuando el árbol
Os tiente con la pompa de sus ramas!
Dad cumplimiento a los deseos justos
Que, como el agua de la fuente, broten

Del amor de lo excelso en vuestras almas.
Tened seguridad en vuestros pasos,
Y protegéd los muros que os cobijan
Cuando dormís, sin derramar la sangre
De vuestros compañeros: sed más fuertes
Que los que matan y los que despojan.
Vosotros—sin dañar al enemigo—
Tendréis la *Fortaleza* del espíritu
Que impone admiración: no es necesario
Matar para triunfar. Que todos vivan,
Que amen y luchen y se muevan todos:
En medio de las luchas, por encima
De las agudas rocas que amenazan,
Levantará, como una flor, su frente,
Vuestra admirable *Fortaleza*: ¡haceos
Grandes, amigos, sin hacer pequeños
A todos los demás!

III

¡Tened *Constancia*!

¡Constancia hasta el final! mayor constancia
En volver a empezar, cuando las cosas
Nos han dado sus frutos.—Sed complejos
Dentro de vuestro ser: ¡haceos siempre
Protectores de huérfanas ideas
Y padres de atrevidos pensamientos!
No busquéis tregua al producir: debajo
De cada nueva idea que florezca
Como una rosa en vuestras obras grandes,
Presiéntase el hervor de nuevos gérmenes
Que acaban de estallar: cuando las hojas,
En el gran desamparo del otoño,
Se caigan de las ramas, haced vida
En lo interior de los dormidos troncos.
Cuando os falte la diestra, haceos fuertes
Trasladando la azada a la siniestra;
Cuando arrojéis, para sembrar, el trigo,
Llenad de aire y de luz vuestros graneros
Y aprovechad de la luz y el aire;
Cuando os falte un amor, y vuestra madre
Cierre los ojos y en mitad del mundo
Quedéis desamparados, como un árbol
En medio de una selva destruida,
Buscad, para consuelo, el amor santo
De la Virtud, del Arte o de la Ciencia,
Poniendo el alma en ellas: sed fastuosos
De simpatías: ricos de deseos,
Inagotables de esperanzas: todas
Las cosas hallen sitio en vuestras almas
Donde colgar su nido: el Universo
Rendido, tembloroso, a vuestras órdenes,
Envía, sin cesar, palomas blancas
Portadoras de olivo, a la flotante
Arca de vuestro espíritu; no os canse
La larga travesía, vendrán tiempos
En que bajen las aguas, y los montes

Solemnemente muestren sus cabezas
 Coronadas de sol en torno vuestro,
 Y aparezcan los prados, y los ríos
 Rimen con su armonía el sentimiento
 Pacífico y alegre de los campos;
 Vendrán tiempos de dicha, y es preciso
 Que entonces vuestro espíritu se asiente,
 Por encima de todo; no deis tregua
 Al fatigoso trabajar; guardaos
 De abandonar el arca salvadora,
 Antes de que las aguas se apacigüen
 Y sonría la tierra humedecida:
 ¡Constancia hasta el final!

IV

Y vuestras bocas
 Amen la *Afirmación*: ¡Todo es posible!
 —Si Moisés las hiere, hasta las piedras
 Se deshacen en agua.—Tiempos hubo
 De sequedad y de egoísmo estéril
 En las entrañas de los hombres todos,
 Y, al hablar de Jesús, corrieron lágrimas
 Sobre rostros judíos.—¡La existencia
 Es como hierro por forjar, que espera
 La segura presión de vuestras manos!
 ¡Como una aurora echad sobre la tierra
 Vuestra gloriosa afirmación! Las cosas
 Se harán esclavas vuestras: ¡afirmadlas
 Imperativamente y a puñados
 Las flores surgirán y como un árbol
 Vuestras afirmaciones darán fruto!
 Si la aceptáis, la Tierra tendrá abrazos
 Y se hará vuestra esposa: ¡vedla! ¡amadla!
 —¡La baña el Sol; los mares la desean
 Y la acaricia el viento—porque todo
 Es en ella Verdad!

V

¡Cantad las glorias
 De la *Serenidad*, constantemente!
 —Hay un lugar para vosotros solos
 Colocado en el mundo: haceos dueños
 De ese lugar pacífico y viviendo
 Descansaréis en paz.—Ninguno puede
 Turbar vuestro reposo: allí las flores,
 Las hierbas y los árboles, hermanos,
 Sólo os conocen a vosotros; dicen
 Músicas dulces que ninguno entiende
 Sino vosotros mismos; es *el huerto*
Colocado del monte en la ladera
 Por vuestra propia mano: una tras otra
 Vuestras buenas acciones lo preparan
 Y lo llenan de luz vuestras virtudes;
 Nadie en él pone mano, sólo es vuestro,
 Porque sólo vosotros habéis dado
 Riego a sus flores, aves a sus nidos
 Y ocupación al viento que lo mueve

Con un murmullo dulce: en lo más quieto
 Del reposado huerto y sobre el duro
 Corazón de las rocas, como el cáliz
 De una flor blanca, se levanta el agua
 Que hace ameno aquel sitio—esta es la
 imagen
 De vuestro propio espíritu; sentaos
 A orillas de la fuente y haced una
 Vuestra voz interior y la del agua
 Que corre sin cansancio.—

Cuando lejos
 Del protegido huerto, por el mundo,
 Disipéis vuestras fuerzas, no hará espuma
 El tranquilo caudal sobre las rocas;
 Se enjugarán los musgos y las flores
 Desaparecerán de vuestro huerto.—
 Es preciso buscarlo y encerraros
 En su recinto, que protegen zarzas,
 Y hacer la vida en él: que allí os sorprendan
 Las mañanas alegres y las noches
 De desconsuelo; que el amor y el odio,
 La duda y la verdad, la lucha estéril
 Y el fecundo silencio, no os arranquen
 De aquel sitio de paz: cuidad las flores,
 Amad el verde huerto de la vida
 Sembrado por vosotros: que las rocas
 De la fuente bendita os den ejemplo.
 Y, al pie de ellas, serán vuestras entrañas
 Como una fuente nueva, y vuestra sangre
 Como una agua mejor: vivid en medio
 De vuestras flores y de vuestras hierbas
 Sosteniendo su vida: alimentando
 El tranquilo caudal de vuestra fuente.
 —¡Y mientras, como un mar, se estrelle el
 mundo

Contra las zarzas del cercado ameno,
 Moved el aire manso, con el peso
 De vuestras deleitosas oraciones
 A la *Serenidad*!—

VI

¡Hombres amigos!
 —Y haced que brote, ya encontrado el
 sitio
 De vuestra placidez sobre la tierra,
 La *Generosidad* de vuestro pecho.—

Sed como el Sol que de su gloria misma
 Hace la gloria de las cosas: nada
 Os costará dar luz a los que os cercan
 Si vuestras propias almas resplandecen.
 ¡Alabanzas, sin fin, a los jardines
 Llenos de rosas, que escalando el muro
 Lo cubren de hermosura, y todavía
 Tienen perfume y ramas y corolas
 Para magnificar el huerto próximo
 Y embalsamar el aire del camino!

¡Sed como el hondo manantial, ocultos
Mantenedores y dichosos padres
De la verde frescura de los sotos!

¡Haced un halo blanco de alegrías
En torno vuestro, vayan donde vayan
Vuestros pies venturosos!

—Años y años

Poned, amigos, en la gran faena
De vuestra perfección: son días santos
Los terminados en hacer el fuego
Dentro de nuestras almas: ¡es preciso
Aprovechar la leña de los árboles
Que han quedado sin vida en torno nuestro
Y hacer el sacrificio de los ídolos
Que en nuestro hogar adornan los rincones!
¡Son días laboriosos los que pasan
Mientras el fuego prende en el espíritu!
¡No escatiméis sarmientos! Afecciones,
Vicios, amores, simpatías, hábitos,
Todo es cebo fecundo, cuando todo
Deja de sernos útil.—¡Haced fuego!
¡Crezca la hoguera! ¡muévanse las llamas
Llevadas por el viento a todas partes!

Pronto recibiréis la recompensa.
Vendrán, haciendo corro en torno vuestro,
Los que se mueren de frío, y vuestro
espíritu

Será la hoguera donde cobren fuerzas.
Vuestra palabra encenderá en sus almas
Auroras boreales de consuelo;
Vuestra mirada bajará a su pecho
Como una estrella de bonanza; el fuego
De vuestra perfección dejará enjutas
Sus ropas combatidas de las olas.

Después de engrandeceros a vosotros
Recogeréis el sol, y los mortales
A vuestros pies sentados tendrán sombra
Llena de un buen calor y de luz tibia.

VII

Y a todos actos de la vida
Daréis *Belleza*.—

Buscaréis en todo
Lo menos accesorio; de las cosas
Escucharéis la voz menos distinta;
Y de las formas amaréis el trazo
Menos vulgar; procuraréis que siempre
Os cerque un equilibrio luminoso
De todo lo que existe.—

Pondréis flores
En los jarros de todos los altares,
Y calmaréis, con dulce complacencia,
Los deseos de todo lo que os cerca.
Iréis al manantial en busca de agua
Y con el agua acudiréis al vaso.
Viviréis de tal modo, que no quede

Nada pendiente entre vosotros mismos
Y las cosas del mundo: vuestra vida
Será tal, que no se haga necesario
Quitársela por fuerza; más bien sea
Como corteza de árbol centenario
Que salta consumida por sí sola.

Ocupadla y llenadla por completo,
Y os será provechosa; de los ríos
No estorba el agua que contiene el cauce,
Sino la que en las márgenes desborda.
Dad un cauce completo a vuestra vida
Y aprovechadla toda: así tan sólo
Podréis hacerla bella; cuando nada
Quede sin expresión en su conjunto;
Cuando cualquiera de sus partes tenga
Un sentimiento vivo y todas juntas
Con armonía plácida se aunen;
Cuando no os sobre un día de esa vida
Ni os falte un solo instante; cuando llenos
De una luz interior, esa luz misma
Salte por la corteza de la vida
Y la ilumine y embellezca toda.

EL IDEAL

La poetisa cubana Juana Borrero expone en estos versos que el ideal, esto es, el tener en la vida un objeto noble y levantado, da entusiasmo y energía para arrostrar y vencer cuantas contrariedades puedan oponerse a la consecución del fin propuesto.

¡YO lo siento en mi alma!... Él me reanima

Y me presta el calor del entusiasmo,
Él me muestra a lo lejos, siempre verde,
Laurel inmarcesible y codiciado.

Él inspiró los cánticos fugaces
Do rimé mis primeros desengaños,
Él me conduce ahora sonriente
Por la senda difícil del trabajo.

Cuando a veces me postra el desaliento
O la nostalgia ardiente del pasado,
Él me ilumina un porvenir glorioso
Con el fulgor benéfico de un astro.

Dondequiera me lleve he de seguirle,
Y aunque deba morir en suelo extraño,
Yo cruzaré tras él siempre serena
La inmensidad grandiosa del Oceano.

¡Oh patria! Si la muerte inexorable
No me detiene con su helada mano
En mitad de la senda peligrosa
A donde en pos de mi ideal me lanzo,

Tu recuerdo, que siempre irá conmigo,
Me dará nuevo ardor ante el obstáculo...
¡Yo salvaré mi nombre del olvido!
¡Yo lucharé por conquistarte un lauro!

Estos valientes y alentadores versos son de Diego Dublé Urrutia, distinguido poeta y diplomático chileno, nacido en Angol en 1877.

¡LUCHA! ¡brega! ¡trabaja! labra el nido—
Dice al niño el mentor:—coge la espiga

Que abandona a su paso dolorido
Con franca mano la experiencia amiga;
En la boca del sabio pon tu oído;
Haz fuerzas para ti de su fatiga,
Y encorvado, cual sauce en la corriente,
Refresca el labio en su apacible fuente.

¿Ves como empieza el clamoreante oceano
Donde la playa, muellemente, acaba?...
Tal de la infancia al florecer lozano
Sigue la juventud, del duelo esclava.
Fortalece tu brazo, ve tu mano
Que el remo es duro y la jornada es brava,
Y ¡ay de ti si tus ansias no encadenas,
Que la mar está llena de sirenas!...

Y pasa la niñez como triscante
Música oída en la mitad del sueño,
Y en medio de la mar el navegante
Ve a cada golpe recular su empeño.
¡Conforta el alma!—al viajador errante
Le grita la gran voz:—desdobla el ceño
Y esfuerza el brazo, que esta edad tan breve
No dura al tiempo lo que al sol la nieve.

¿Ves cual coge la abeja el néctar puro
De flor en flor, en el verano hermoso?
Así, en su estío, la quietud del muro
Que ha de abrigarlo se propicia el mozo.
¡Cómo endulza la miel del tiempo duro
Las horas apacibles del reposo,
Y cómo en las tristezas de esa tarde
Redobla el frío al luchador cobarde!

Y al fin, la tarde mudamente llega
Como bruma de invierno, y el anciano,
Cansado ya de la doliente brega,
Busca el reposo, mas lo busca en vano;
Que la eterna conciencia—esfinge ciega
Que en los pórticos vela de lo arcano—
¡Despiértate!, le grita al peregrino,
Que aun estás al principio del camino.

¿Que no temes el hambre? ¿Dióte, acaso,
Para abrigarte su vellón la oveja?
¡Lucha! ¡Cava la tierra! Cansa el brazo,
Que la pálida muerte está a tu reja.
¿Sabes adónde se va el humo escaso
Que cada día de tu hogar se aleja?...
Pues asimismo ignorará el futuro,
Si no sabes luchar, tu nombre obscuro.

Y al fin cae aquel hombre cuando apenas
Comenzaba la lucha de la vida;
No han tocado sus plantas las serenas

Riberas que soñara a la partida,
Ni han logrado los golpes y las penas
Detenerle en su hipnótica corrida
Tras la fresca y primera mariposa
Que le encantara en su niñez de rosa.

Y cual siguen las olas su imponente
Carrera sobre el náufrago navío,
Al humano dolor indiferente,
Sigue el abismo en su clamor bravío.
Y otro sol y otros hombres y otra gente,
De la cuna pueril hasta el sombrío
Sepulcro, van guiados por su acento
Cual altos ibis que acaudilla el viento.

Que es la lucha a la vida lo que el fuego
A la luz y al torrente la carrera,
Y ¡ay! de aquel que en pestífero sosiego,
Lago de fango, su derrumbe espera:
¡Menos hombre que el bruto que al labriego
Da su afán, más, de cierto, le valiera
Haber nacido miserable espino
O errabundo pedrusco del camino!

EL CANTO DE LOS PÁJAROS

EN las viñas de Abril, en el florido
Ramaje del durazno en primavera,
En el viejo tapial descolorido,
En valles y montañas, dondequiera
Se columpia una rama protectora,
Cantan las aves al clarear la aurora.

Y no es que busque el ruiseñor del cielo
Su pan o que el espacio pueda oírlo,
Ni es que llamen las madres al polluelo
Ni pida amor a su pareja el mirlo:
Tiernas o rudas, líricas o graves,
Tan sólo cantan por cantar, las aves.

Es la alegría de vivir, la santa
Inconsciencia del labio sin deseos,
Lo que arranca ese grito a su garganta
Y las hace llenar con sus gorjeos
El silencio del alba y del rocío:
Así aroma la flor y bulle el río...

Y asimismo, las almas virtuosas
Modulan su canción, no siempre oída,
Y alza el bardo sus quejas armoniosas
En medio de las luchas de la vida...
Voz del bueno, del ave y del que sueña,
¿Quién te aprende, acá abajo? ¿quién te
enseña?...

No cortemos la rama floreciente
En que el ave se posa; con sonrisa
Maligna, no burlemos la silente
Virtud, que por la sombra se desliza;
Divino ruiseñor del ala inquieta,
Flor de flores, ¡honremos al poeta!

DIEGO DUBLÉ URRUTIA